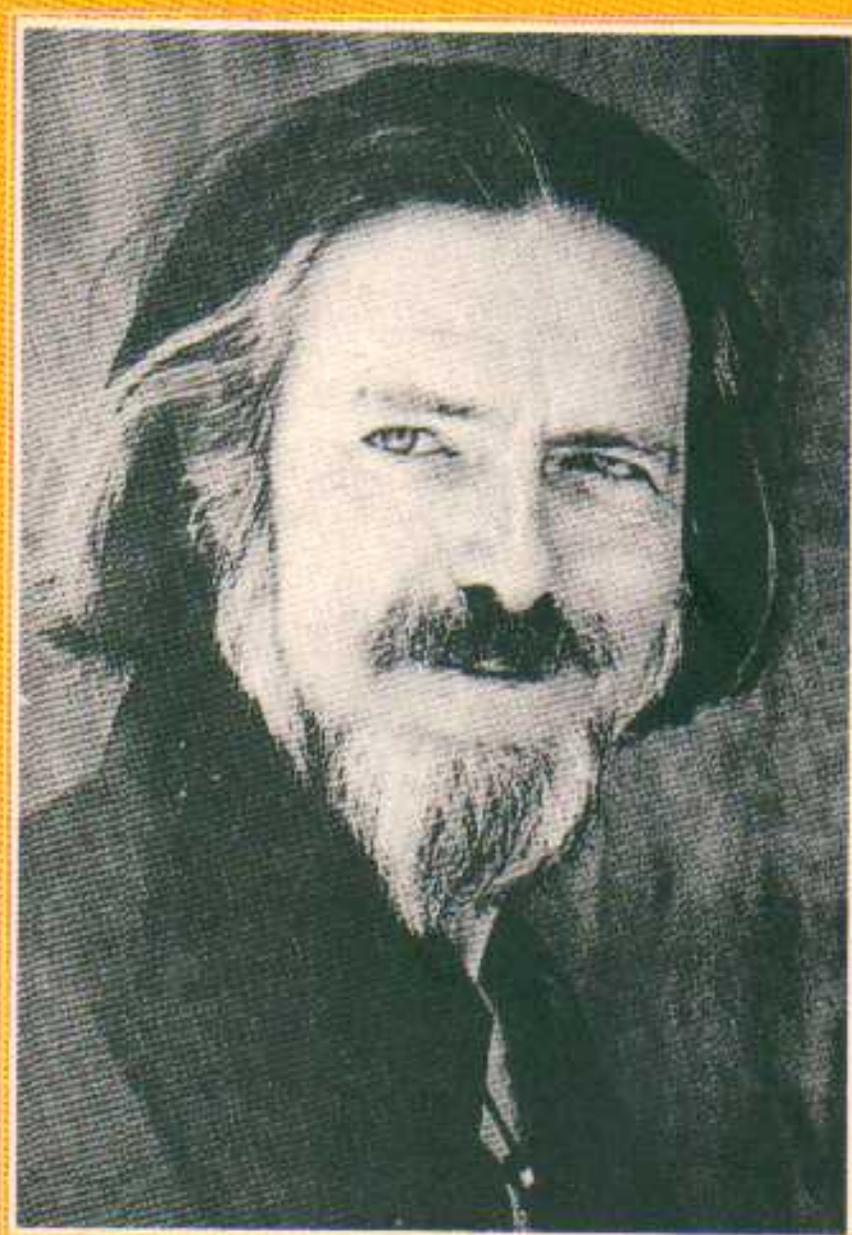


Alan Watts

*Nueve
meditaciones*



K
litros

7ª Edición

Alan Watts

NUEVE
MEDITACIONES

Ego
Dios
Meditar
Nada
Muerte
El tiempo
Naturaleza del hombre
Drama cósmico
Fantasías filosóficas

editorial **K**airós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona

Título original: THE ESSENCE OF ALAN WATTS

Traducción: Marta Guastavino

Foto portada: Hilma Af Klimt, óleo, 1915

© 1974, 1977 by Celestial Arts
y Editorial Kairós, S.A., 1979

Primera edición: Septiembre 1980

Segunda edición: Septiembre 1981

Tercera edición: Marzo 1990

Cuarta edición: Marzo 1993

Quinta edición: Febrero 1998

ISBN: 84-7245-120-8

Dep. Legal: B-45.145/1997

Fotocomposición: Beluga y Mleka s.c.p., Córcega, 267, 08008 Barcelona

Impresión y encuadernación: Índice, Caspe, 118-120, 08013 Barcelona

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del copyright.

EGO

Me imagino que la pregunta más fascinante del mundo es: ¿Quién soy? O bien: ¿Qué soy? El vidente, el sabio, el ser que cada uno de nosotros es, es la más inaccesible de todas las experiencias, completamente misteriosa y oculta.

Hablamos de «nuestro» ego y usamos la palabra «yo». Siempre me ha interesado tremendamente qué quiere decir la gente cuando usa la palabra «yo», porque aparece en formas del discurso muy curiosas. Por ejemplo, no decimos que «somos un cuerpo», sino que «tenemos un cuerpo». Se diría que, en cierto modo, no nos identificáramos con la totalidad de nosotros mismos. En inglés se dice «mis pies», «mis manos», «mis dientes», como si se tratara de algo exterior a quien lo dice. Y, por lo que yo percibo, la mayoría de la gente tiene la sensación de ser «algo» que está a mitad de camino entre ambos oídos y un poco por detrás de los ojos, dentro de la cabeza, como un centro del cual pende el resto de ellos. Y el principio que rige allí dentro es lo que llamamos el ego. ¡Eso soy yo!

Pero no puedo dejar de pensar que todo eso es una alucinación. Eso no es lo que somos, en modo alguno. Y se

trata de una alucinación muy peligrosa, porque le da a uno la idea de que es un centro de conciencia, energía y responsabilidad que se destaca de –y se contrapone a– todo lo demás. Somos el principio interior a nuestro propio cuerpo como si el cuerpo fuera un automóvil y nosotros el chófer. Y nos sentimos prisioneros en una trampa, porque el cuerpo es una especie de lío. Enferma, se cansa, duele y, finalmente, se gasta y muere. Y uno se siente atrapado en una cosa así porque se siente diferente de ella.

Además, sentimos que el mundo exterior a nuestro cuerpo es una trampa terrible llena de gentes estúpidas que a veces son agradables con nosotros, pero la mayor parte de las veces no. No piensan más que en sí mismos, como nosotros, y de ello se generan conflictos tremendos. Y en cuanto a los demás, aparte de la gente, son absolutamente mudos e idiotas: los animales, las plantas, las verduras y las piedras. Finalmente, más allá de todo eso hay llameantes centros de radioactividad que llamamos estrellas, y donde están no hay aire, no es lugar donde pueda vivir una persona.

Hemos llegado a sentir que somos centros de conciencia, muy, muy frágiles, sensibles y vulnerables, enfrentados con un mundo al que no importamos un rábano. Por consiguiente, tenemos que librar batalla contra ese mundo exterior, vencerlo y someterlo a nuestra voluntad. Hablamos de la conquista de la naturaleza; queremos conquistarlo todo. Hablamos de conquistar montañas, de conquistar el espacio, de conquistar el cáncer, etcétera. Estamos en guerra. Y eso nos sucede porque nos sentimos como un principio, un ego, solitario y atrapado, ligado inextricablemente, de alguna manera, con un mundo que no marcha como quisiéramos, a no ser que consigamos forzarlo de algún modo.

Tengo la sensación de que percibirnos como un ego es una alucinación, una concepción totalmente falsa de nosotros mismos, como un ego dentro de una bolsa de piel. Realmente somos, antes que nada, la totalidad de nuestro cuerpo. Aunque el cuerpo esté limitado por la piel, puedo establecer una diferencia entre mi exterior y mi interior. Mi cuerpo no puede existir si no es en cierta especie de medio natural. Es obvio que necesita aire, y que ese aire debe estar más o menos a cierta temperatura; también necesita nutrición, necesita estar en cierto tipo de planeta, cerca de cierto tipo de estrella caliente. Y el planeta debe girar alrededor de ella de forma regular, armoniosa y rítmica, de manera que la vida pueda continuar. Una disposición así es tan esencial para la existencia de mi cuerpo como para sus órganos internos: el corazón, el cerebro, los pulmones y todo lo demás. Es decir que, en realidad, no hay manera de separarme yo, como cuerpo físico, del medio natural en el cual vivo.

Pues bien, esto significa que, como cuerpo, armonizo con mi medio natural exactamente de la misma manera que las abejas armonizan con las flores. La flor crece de la tierra, colorea y perfuma el aire. La abeja es independiente y anda por ahí, volando y zumbando. Pero donde no hay abejas no hay flores, y donde no hay flores, no hay abejas. Ambas van juntas y, en ese sentido, constituyen un sistema. Sustituyamos la palabra «sistema» por la palabra «organismo», una única forma vital, un solo individuo, en el que hay abejas y flores, por muy diferentes que parezcan. Naturalmente, mis pies tienen un aspecto muy diferente de mi cabeza. Claro que hay un lazo que los une, y por eso decimos: «evidentemente, todo es lo mismo». Son cosas muy diferentes, pero

las dos son yo. La cabeza y los pies, aunque sean diferentes, son como las abejas y las flores: armonizan una con otra.

Por consiguiente, para definirme de manera científica, para dar una descripción clara de mi cuerpo, de mi organismo, de mi comportamiento, y una descripción de lo que mi cuerpo hace, también debo describir el medio, las circunstancias en que lo hace. En otras palabras: no tendría sentido describirme caminando, si no describiera el terreno. Porque si no describiera el terreno, mi descripción de la actividad de caminar sería, simplemente, la de una persona moviendo las piernas en el espacio vacío. Y eso no sería caminar, tengo que describir el terreno por donde camino.

Soy una transacción o una interacción entre este organismo y el medio que lo rodea. Ambos van juntos y constituyen lo que, en física, se llama un campo unificado. Y eso es lo que soy desde un punto de vista puramente físico y científico. Es posible que en eso estén en juego muchas más cosas, pero soy una relación organismo/medio.

Pero no es así como se siente mi ego. Esa no es la idea media, la del sentido común, de un «yo». Porque «yo» es algo que se percibe asociado con el organismo, y no con el medio. Es algo que se opone al medio y que no se da asociado con todos los demás organismos. Como ya dije, el ego tiende a considerar al resto del organismo como el chófer contempla el automóvil.

¿Cómo llegamos a esta falsa sensación de ser un ego? Pues bien, me parece que hay dos elementos que la integran, y lo primero que tenemos que entender es que en el curso de la civilización hemos confundido nuestras ideas, palabras y símbolos referentes al mundo con el

mundo mismo. En el Grupo de Semántica General fundado por el doctor Alfred Korzybski tienen una canción: «Oh, oh, la palabra no es la cosa, la palabra no es la cosa, jai-jo, derry-o, la palabra no es la cosa». Evidentemente, es imposible mojarse con la palabra «agua». La imagen, la idea, el símbolo, la palabra, no son la realidad. El ego, lo que sentimos como «yo», consiste en la imagen o idea de nosotros que vemos en un espejo, lo que obtenemos al escuchar nuestra voz grabada en una cinta o al vernos en una película.

Recuerdo que cuando era pequeño tenía un amigo que vivía en la misma calle; se llamaba Peter, y yo le admiraba mucho. A veces, al regresar a casa, imitaba el comportamiento de Peter. «Alan, ése no eres tú, sino Peter», solía decirme mi madre. Como veis, estaba dándome una imagen de mí mismo. Cuando yo hacía algo terrible, me decía: «Alan, no es propio de ti hacer eso». Se ocupaba de construir una imagen en mí, de darme una idea de la clase de actos que se esperaban de mí, de la clase de persona que se esperaba que yo fuese.

La palabra «persona» proviene del latín *persona*, que significa aquello a través de lo cual (*per*) pasa el sonido (*sona*). Se refería originariamente a las máscaras que usaban los actores en el teatro clásico, porque las tales máscaras tenían bocas megafónicas, destinadas a proyectar el sonido en el teatro al aire libre. De modo que la «persona» es la máscara, es el papel que representamos. Y todos nuestros amigos y familiares, nuestros padres y maestros se ocupan de decirnos quiénes somos, cuál es nuestro papel en la vida, y no hay más que cierto número de papeles aceptables que podemos representar.

En primer lugar, pues, nuestro sentido del «yo» es nuestro sentido de quiénes somos, seamos fontaneros, sas-

Nueve meditaciones

tres, soldados, marineros, ricos, pobres, mendigos, ladrones. Seamos un campesino fuerte y silencioso o una tenaz enredadera -como las hay a docenas-, siempre nos identificamos con cierta manera de actuar. Es algo muy complicado, pero siempre hay, sin embargo, una cierta manera de actuar con la cual nos identificamos, y que constituye nuestra imagen.

La imagen que uno tiene de sí mismo es una institución social en el mismo sentido en que es una institución social, por ejemplo, el dividir el día en veinticuatro horas o el metro en cien centímetros, o en trazar líneas puramente imaginarias que establecen la latitud y la longitud sobre la superficie de la tierra. Es muy útil hacerlo, porque esas líneas son un recurso para la navegación, pero sobre la tierra no hay líneas de latitud y de longitud; son imaginarias. No se puede, por ejemplo, usar el ecuador para atar un paquete, porque es una línea abstracta, imaginaria. Y, exactamente de la misma manera, la imagen que uno tiene de sí como ego es un concepto imaginario que no es el organismo y, además, no es este organismo en su relación inseparable con la totalidad de su medio físico y natural.

La imagen que uno tiene de sí mismo es, simplemente, una caricatura. La caricatura es un ejemplo excelente: cuando hacemos una caricatura de Adolfo Hitler, le echamos el pelo sobre la frente y le ponemos un peine bajo la nariz, en vez del bigote. De la misma manera, la imagen que uno tiene de sí mismo es una caricatura porque no incluye casi ninguna de las cosas importantes que hay en nosotros; no incluye todo lo que sucede en el interior del organismo físico. Sí, tenemos borborigmos; ocasionalmente, nos percatamos de nuestra respiración; a veces nos damos cuenta de que algo nos

duele. Pero en la mayoría de los casos permanecemos en la total inconsciencia de todo lo que sucede dentro de nosotros. No tenemos conciencia de nuestro cerebro ni de la forma en que funciona. No tenemos conciencia de nuestras relaciones con el mundo exterior, y gran parte de nuestras relaciones con otras personas son totalmente inconscientes. Contamos con los operadores telefónicos, con los electricistas que nos abastecen de electricidad, con toda clase de servicios en los que jamás pensamos siquiera. Tampoco pensamos en la presión atmosférica ni en la composición química del aire que respiramos; no pensamos en los rayos cósmicos, en los rayos gamma, en los rayos X, productos del sol. Son cosas absolutamente esenciales para nuestra vida pero que no están incluidas en la imagen del ego.

Así pues, la imagen del ego es muy incompleta. Más aún, es una ilusión. Pero protestamos: «Vamos, mira, no puede ser así porque yo siento el “yo”; quiero decir que no es sólo una imagen de mí que tengo. Por detrás de la palabra “yo” tengo la sensación de algo sólido; cuando pienso “yo”, siento que allí hay algo». Ese algo, ¿qué es? Interesante pregunta. Porque, si el cerebro es el ego, es muy poco lo que tenemos en cuanto a sensación directa del cerebro. La verdad es que se pueden realizar operaciones cerebrales con sólo anestesia superficial, ya que en el cerebro mismo no hay sensación. Por ende, el cerebro no puede ser la sensación del ego.

Cuando los ojos funcionan bien, uno no se ve los ojos. Si en los ojos hay algún fallo, uno ve puntos o manchas. Eso significa que hay lesiones, en la retina o donde sea, y si uno siente los ojos es porque no funcionan bien. De la misma manera, los oídos no se oyen. Si tenemos un zumbido en los oídos, quiere decir que algo

anda mal en ellos. Por ende, si uno se siente a sí mismo, algo debe pasarle. Independientemente de lo que esto sea, la sensación del «yo» es como ver manchas ante los ojos; significa que algo funciona mal en uno. Por eso sentimos que estamos ahí, por eso nos sentimos como diferentes -y, en alguna medida, separados- de todo lo que realmente somos, que es todo lo que experimentamos. Uno realmente es la totalidad de todo aquello de que tiene conciencia, y muchísimo más.

Pero, ¿qué es eso que sentimos en nosotros cuando decimos: «Éste es mi yo concreto y material»? Pues voy a decíroslo. Cuando éramos pequeños y estábamos en la escuela hurgándonos la nariz, mirando por la ventana, arrojando bolitas de papel ensalivado o algo así, de pronto la maestra daba un golpe en la mesa:

—¡Prestad atención!

Y ¿cómo prestábamos atención? Pues mirando fijamente a la maestra y frunciendo el ceño, pues ése es el aspecto que tiene uno cuando presta atención. Y cuando la maestra ve que todos los alumnos de la clase la miran fijamente y con el ceño fruncido, se tranquiliza y siente que toda la clase presta atención. Pero no es eso lo que sucede; la clase sólo finge que presta atención.

Uno está leyendo un libro; un libro difícil, que tiene que leer porque se lo exigen, pero que le aburre a morir, y uno piensa: «Venga, tengo que concentrarme en él». Y lo mira furiosamente, tratando de obligar a su mente a que se mantenga en el tema, hasta que descubre que en realidad no está leyendo el libro: está pensando en cómo debería leerlo. ¿Qué haría el lector si yo le dijese: «A ver, mírame, pero no de cualquier manera, mírame bien»? ¿Qué haría? ¿Qué diferencia hay en-

tre «mirar» y «mirar bien»? Pues que cuando uno mira bien fuerza los músculos de los ojos y empieza a mirar con fijeza. Si se mira fijamente una imagen distante, ésta se vuelve borrosa. Si se quiere verla claramente hay que cerrar los ojos, imaginar durante un rato un fondo negro y después abrirlos, lenta y ociosamente; entonces se verá la imagen. A uno le llegará la luz. Es como si yo dijese: «Ahora escucha con cuidado, con mucho cuidado, lo que voy a decir». El lector se encontraría con que está empezando a tensar la zona adyacente a los oídos.

Recuerdo que en la escuela había un niño que no sabía leer. Se sentaba a mi lado y trataba de convencer al maestro de que realmente intentaba leer, haciendo ruidos articulados y poniendo en juego todos sus músculos. Pero eso, ¿qué tiene que ver con la lectura? Tensar los músculos para oír, ¿qué tiene que ver con la audición? Forzar los músculos para ver, ¿qué tiene que ver con la visión? Nada.

Supongamos que alguien nos diga: «Está bien, ahora tienes que usar la voluntad, tienes que ejercitar la fuerza de voluntad». Es el ego, claro. ¿Qué hace uno cuando ejercita la voluntad? Rechina los dientes, contrae los puños. Si quiere controlar sus emociones rebeldes, se pone rígido: mete el vientre, contiene el aliento o contrae los músculos rectales. Pero ninguna de esas actividades tiene absolutamente nada que ver con el funcionamiento eficiente del sistema nervioso. De la misma manera que mirar fijamente una imagen la vuelve borrosa, escuchar bien, con toda la tensión muscular que pone en juego, distrae de lo que en realidad se oye; tampoco rechinar los dientes tiene nada que ver con el coraje, todo eso no hace más que perturbar. Y sin embargo, lo hacemos continuamente; tenemos una sensación

crónica de tensión muscular que tiene por objeto hacer que nuestro sistema nervioso, nuestro cerebro, nuestra sensibilidad, marchen bien... y no funciona.

Es como despegar cuando se viaja en un reactor. El aparato va a toda velocidad por la pista, y uno piensa: «Este avión ya ha andado demasiado por la pista, y todavía no se eleva». De modo que uno empieza a tironear el cinturón de seguridad para ayudar al ascenso. Pero eso no tiene ningún efecto sobre el avión. Y así, exactamente de la misma manera, todas las tensiones musculares que ejercemos, y que durante toda la vida nos han enseñado a ejercer, para dar la impresión de que atendemos, de que nos esforzamos, todo eso es inútil. Pero la sensación crónica de tensión es la sensación a que nos referimos denominándola «yo».

Entonces, ¿qué es nuestro ego? Una ilusión unida a una inutilidad. Es la imagen de nosotros mismos, que es incorrecta, falsa y apenas una caricatura, unida y combinada con un inútil esfuerzo muscular por respaldar nuestra efectividad.

¿No sería mucho mejor si tuviéramos de nosotros mismos una sensación que estuviera de acuerdo con los hechos? Los hechos, la realidad de nuestra existencia: que somos a la vez el medio natural -que es, en última instancia, el universo entero- y el organismo, en su juego conjunto. ¿Por qué no lo sentimos así? Pues, evidentemente, a causa de esta otra sensación que nos lo impide. Esta sensación socialmente inducida, producida como resultado de una especie de hipnotismo que se ejerce sobre nosotros a lo largo de todo el proceso educativo, nos condiciona un sentimiento alucinatorio de quiénes somos y, por ende, actuamos como si estuviéramos locos. No respetamos nuestro medio; lo destruimos. Pero

todos sabemos que explotar y destruir nuestro medio, contaminar el agua, el aire y todo lo demás, es lo mismo que destruir nuestro propio cuerpo. El ambiente es el cuerpo. Pero actuamos de esta manera enloquecida porque tenemos una idea enloquecida de quiénes somos. Estamos en pleno desvarío.

—Pues bien -preguntará el lector-, ¿cómo me libero de eso? Y mi respuesta es que la pregunta está mal planteada. Cómo se libera de eso... ¿qué? Uno no puede liberarse de la alucinación de ser un ego mediante una actividad del ego. Lo siento, pero no se puede. Es imposible levantarse en el aire tirando de los cordones de los zapatos. No se puede extinguir el fuego con fuego. E intentar liberarse del ego a partir del ego, no es más que entrar en un círculo vicioso. Sería como si uno se preocupa porque los demás se preocupan, y después se preocupa porque se preocupan porque él se preocupa, y empieza a dar vueltas y más vueltas y se vuelve más loco que nunca.

Lo primero que hay que entender cuando uno se pregunta: «¿Qué puedo hacer para liberarme de este falso ego?» es que la respuesta es «nada», porque la pregunta está mal planteada. Lo que se pregunta es: «¿Cómo puedo, considerándome como un ego, liberarme de considerarme como un ego?». Es evidente que no se puede. El lector se dirá: «Bueno, entonces es irremediable». No es irremediable. Es que la cosa no se ha entendido, nada más.

Si descubrimos que la sensación del ego, de la voluntad y todas esas tonterías no pueden liberarnos de esa alucinación, ya hemos descubierto algo muy importante. Cuando uno descubre que no puede hacer nada al respecto, ha descubierto que no existe. Es decir que, en

cuanto ego, es tan obvio que uno no existe que no puede hacer nada al respecto. Entonces se encuentra con que en realidad no puede controlar sus sentimientos, sus pensamientos, sus emociones, todos los procesos que están en marcha dentro y fuera de nosotros y que no son más que acontecer; y no hay nada que podamos hacer al respecto.

Y a esto, ¿qué le sigue? Pues no le sigue más que una cosa: observar lo que sucede. Ver, sentir todo eso que sucede, hasta que de pronto uno se encuentra, para su gran pasmo, con que puede perfectamente levantarse, ir hasta la mesa, servirse un vaso de leche y bebérselo. No hay ningún obstáculo que nos impida hacerlo. Todavía podemos actuar, todavía podemos movernos, seguir conduciéndonos de manera racional, pero, de pronto, hemos descubierto que no somos lo que pensábamos que éramos. No somos este ego que importuna y rechaza cosas desde el interior de una bolsa de piel.

Ahora nos sentimos de una manera nueva, como la totalidad del mundo que incluye, juntos, nuestro cuerpo y todo lo que vivenciamos. Es algo inteligente. Confiemos en ello.

DIOS

Imaginemos que el mundo sale súbitamente de la nada. Cerremos los ojos para escuchar y oiremos el silencio, y después los ruidos y sonidos que emergen de ese silencio. Ahora, valgámonos de los ojos para ver la luz, la forma, la configuración que se nos presentan como vibración proveniente del espacio.

Nuestra lógica se resiste a semejantes conceptos porque el sentido común nos dice que no podemos obtener algo a partir de nada. Normalmente pensamos en todas las manifestaciones energéticas de este universo como provenientes del pasado; las cosas que estuvieron aquí producen las cosas que están aquí, ahora. Pero quiero que el lector lo considere de la otra manera para que pueda ver el mundo entero como algo que empieza ahora y no en el pasado, y el pasado como una especie de eco que se desvanece en la memoria, como la estela de un barco que va rezagándose en el agua hasta perderse. Pero lo que inicia la estela en el presente es el barco. De la misma manera me dirijo yo hacia la idea, que nada tiene que ver con el sentido común, del mundo como una producción de energía que comienza en este momento mismo y va saliendo de la nada a la que denominamos espacio o silencio.

¿Cómo demonios puede suceder tal cosa? La explicación habitual es que el mundo está siendo creado por Dios. En la teología cristiana se dice que Dios crea el mundo de la nada. Para hacer justicia a las doctrinas católica, islámica y judía, quiero insistir en este punto: que no nos enseñan simplemente que una vez Dios inició el mundo y lo puso en marcha, como daríamos cuerda a una máquina para dejarla funcionando. Estas religiones nos enseñan que Dios está siempre creando el mundo de la nada y que, mediante su divina energía, le hace ser en este momento por obra de su voluntad.

Ahora bien, en el mundo moderno, para la mayoría de nosotros -y especialmente para la gente educada- la dificultad reside en que la antigua idea de Dios se ha vuelto increíble o inverosímil. En la iglesia o en la sinagoga es como si nos dirigiéramos a un personaje regio. El espectáculo se asemeja al de una corte real. Hay una especie de trono y nuestras oraciones y peticiones se dirigen al ser representado por el altar, trono o tabernáculo, como si tal ser fuera un rey que estuviera causando este universo en su regia, omnipotente y omnisciente sabiduría.

Pero después, cuando echamos un vistazo a través de nuestros telescopios y microscopios, o simplemente cuando contemplamos la naturaleza, se nos plantea un problema. Porque la idea de Dios que sacamos de las sagradas escrituras, de la Biblia y el Corán, nos da la impresión de no adecuarse muy bien al mundo que nos rodea, de la misma manera que no se nos ocurriría atribuir a Stravinsky una composición de Bach. El estilo del Dios a quien se venera en la iglesia, la mezquita y la sinagoga parece diferir completamente del estilo del universo natural. Es tan difícil concebir el autor del uno como al autor del otro.

Además, la mayoría de las personas inteligentes consideran que nuestras ideas religiosas tradicionales sobre Dios son primitivas. Parece ingenuo pensar que este universo pueda haberse debido a la autoría de una especie de anciano caballero que vive muy arriba, en el cielo, más allá de las estrellas, sentado en un trono de oro y adorado por las legiones de los ángeles. Es un concepto que no está a la altura de la clase de universo que nos ha revelado la ciencia moderna.

Tengo un retrato de Dios. Un amigo mío fotografió una imagen de él en una iglesia un poco al sur de Oaxaca, en México. Muestra una primitiva imagen indiocatólica de Dios Padre que lleva una triple corona, como el Papa, sólo que es bastante joven y apuesto. No se parece al anciano de la barba gris. Es un verdadero ídolo cristiano de Dios Padre Todopoderoso; y es esto lo que se ha vuelto inverosímil.

Pero a mucha gente también se le ha hecho inverosímil que la raíz del universo, lo que el teólogo Paul Tillich denomina el «fundamento del ser», pueda ser, en algún sentido, una persona con la cual podemos relacionarnos de la misma manera que nos relacionamos con otras personas; y una persona que se preocupa por nosotros.

Jesús dijo: «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre... Así que no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos». En otras palabras, a Dios nosotros le preocupamos mucho más. Pero es que a nuestra imaginación le desconcierta que pueda haber una persona así, a quien le preocupa cada uno de nosotros, que tiene total conciencia de cada una de las cosas que somos y que hacemos, y que -en virtud de ese tener conciencia- nos crea.

Claro que una de las dificultades que presenta la idea es que nos resulta enojosa. No nos sentimos cómodos si continuamente somos observados por un juez infinitamente inteligente. Imagínese el lector que es un niño en la escuela, que está trabajando en algún ejercicio, y que la maestra da la vuelta por detrás de su pupitre y se pone a mirar lo que está haciendo. Aunque a uno le guste mucho la maestra, le humilla sentirse observado; le hace sentirse avergonzado y torpe. Mucha gente opta por el ateísmo por la misma razón, porque no les gusta la incómoda sensación de estar siendo continuamente vigilados. Crea una situación delicada, y si yo fuese Dios, no lo haría. No querría incomodar de esa manera a mis criaturas, de modo que las dejaría en paz la mayor parte del tiempo.

El tipo de Dios que la gente adora es, naturalmente, un intento de imaginarse un ser humano absolutamente perfecto, pero es un intento muy pobre. Por ejemplo, Jesús enseñaba que, si alguien peca contra nosotros, le hemos de perdonar. «¿Cuántas veces has de perdonar?», le preguntaron los discípulos, y Jesús respondió: «Setenta veces siete», es decir, perdona *siempre* a quien peque contra ti. Pero observemos que lo que se le exige a un santo -un santo perdona siempre- no es lo que se requiere de Dios. Dios no nos perdonará a menos que nos disculpemos, y hay que arrastrarse por los suelos si se ha cometido lo que la Iglesia católica llama pecado mortal. Uno ha de acercarse a Dios en estado de suma penitencia, porque si no puede verse recluido en las mazmorras de la corte del Cielo -conocidas generalmente como Infierno- para siempre jamás.

A mí no me parece un tipo demasiado agradable. A un Dios así, uno no lo invitaría a cenar. ¡Haría que todo

el mundo se sintiese incómodo! Cuando Dios mirara, uno se sentiría como traspasado de lado a lado, sentiríamos que todo el horror de nuestro pasado; todas nuestras falsedades son completamente perceptibles para él. Y, por más que él lo entendiera y lo perdonara, de todas maneras haría que uno se sintiese espantosamente mal. Nadie querría un compañero así para la cena.

Habrá quien piense que es una frivolidad de mi parte describir una situación semejante, pero no olvidemos la imagen pictórica de Dios que lleva la gente en su trastienda mental. Aunque se trate de un filósofo o un teólogo de la mayor sutileza, esa primitiva imagen plástica tiene una influencia muy grande sobre sus sentimientos respecto de la religión, el universo y él mismo. Tal es la razón de que la idea tradicional de Dios se haya vuelto inverosímil para muchas personas.

Los modernos teólogos protestantes, e incluso algunos católicos, han venido hablando últimamente de la muerte de Dios y de la posibilidad de una religión arreligiosa, de una religión que no implique la creencia en Dios. ¿En qué se convertiría el Evangelio de Jesucristo si se demostrara que la creencia en Dios del propio Jesús era innecesaria y sin valor? ¿Qué quedaría de sus enseñanzas? ¿De sus ideas sobre la preocupación por otros seres humanos, sobre la responsabilidad social y cosas así? Creo que sería una religión bastante diluida. Si vais a decirme que esta vida no es, fundamentalmente, otra cosa que una peregrinación desde la sala de maternidad hasta el crematorio y eso es todo, chico, se acabó, pienso que eso indica una singular falta de imaginación. Yo quisiera considerar la «teología de la muerte de Dios» de una manera totalmente diferente. Lo que ha muerto no es Dios, sino una idea de Dios, una concep-

ción particular de Dios que ha muerto en el sentido de que se ha vuelto inverosímil. Y en mi opinión, esto es excelente.

La palabra griega con que en el Nuevo Testamento se designa el pecado es *antinomia* o *anomia*, que significa errar el punto o, como en arquería, errar el blanco. Y por ende, la idea de que sustituir a Dios por un ídolo es un pecado, un errar el punto, proviene de los Diez Mandamientos de Moisés.

O sea que la imagen de Dios que describí antes es un ídolo. Pero ni siquiera aquellos indios mexicanos confunden verdaderamente esa imagen particular con Dios. El peligro está en que puedan pensar en un Dios con forma humana. Pero las imágenes de Dios talladas en piedra o madera o las representaciones pictóricas jamás han sido tomadas seriamente como representaciones reales de cómo es Dios. Nadie ha confundido la verdadera imagen de Buda con las estatuas que habitualmente se ven en Oriente. A Buda jamás se le identifica con un dios porque Buda es un ser humano, y a esas imágenes nunca se las confunde en serio con lo que representan, como tampoco un católico toma a un crucifijo por Jesucristo.

Las imágenes tangibles de Dios no son, en realidad, muy peligrosas. Las peligrosas son las imágenes de Dios que hacemos no de madera o de piedra, sino de ideas y conceptos. Tomás de Aquino, por ejemplo, definía a Dios como un ser necesario. El que es necesariamente. Éste es un concepto filosófico; pero tal concepto es un ídolo porque confunde a Dios con una idea. Como una idea es algo abstracto, parece mucho más espiritual que una imagen de madera o de piedra, y precisamente ahí es donde se vuelve engañosa.

Mucha gente piensa que la Biblia es la auténtica palabra de Dios, y adoran a la Biblia convirtiéndola en un ídolo. No hacen caso de la irónica observación de Jesús a sus contemporáneos judíos: «Recorréis diariamente las escrituras, porque pensáis que en ellas tenéis la vida». Y como dijo posteriormente san Pablo: «La letra mata, pero el espíritu vivifica». Es decir que cualquier cosa que pongamos, como imagen o idea, en lugar de Dios, falsifica necesariamente a Dios.

Muchas personas dicen: «creo que no podría hacer frente a la vida sin creer en un dios justo y bondadoso». La impresión que me da esa manera de creer en Dios es que está expresando, en realidad, una falta de fe. La palabra creencia (*belief*) en inglés proviene de la raíz anglosajona *lief*; que significa desear. De manera que creencia significa, en realidad, un deseo intenso. Cuando decimos el Credo: «Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra... », lo que estamos diciendo realmente es: «Deseo fervientemente que exista Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra... ». Porque si verdaderamente tenemos fe no necesitamos de la creencia, pues la fe es una actitud totalmente diferente de la creencia.

La fe es un estado de apertura o de confianza. Tener fe es algo así como «confiarse» al agua. Uno no trata de aferrarse al agua cuando nada, porque si se pone rígido y tenso en el agua, se hunde. Hay que relajarse. De tal manera, la actitud de la fe es lo radicalmente opuesto a cogerse, a aferrarse. En otras palabras, una persona que sea fanática en religión, que necesite creer sin más ni más ciertas proposiciones referentes a la naturaleza de Dios y del universo, es una persona que en modo alguno tiene fe; está aferrándose.

Sin embargo, Martín Lutero hizo algo así con la fe: escribió un himno, titulado en alemán *Ein fest Burg ist unser Gott*, «Poderosa fortaleza es nuestro Dios». ¡Eso no es un himno de fe! El que tiene fe no necesita una fortaleza porque no está a la defensiva.

De la misma manera, el diseño de muchas iglesias se asemeja al de las cortes reales. En el diseño conocido como basílica, palabra que significa la corte de un basíleus o rey, el obispo se sienta al fondo, en su trono, y todo el personal de clerecía que lo secunda está de pie a su alrededor, como los guardias en una corte. ¿A qué se debe esto? Un rey se mantiene de espaldas a la pared porque gobierna por la fuerza. Y cuando sus súbditos y sus cortesanos se aproximan a él se postran, se arrodillan. ¿Por qué? Porque es una posición difícil para iniciar, desde ella, una pelea. ¿No estaremos proyectando la imagen de un rey asustado como si fuese la divinidad?

Por otra parte, la forma más habitual de iglesia protestante se asemeja a un tribunal. El ministro lleva una vestimenta negra como la que llevan los jueces, hay bancos, púlpitos y los conocidos cubículos de madera del mobiliario tribunalicio. ¡Y el ministro, como el juez, amenaza a los fieles con el libro! Predica la ley establecida en ese otro ídolo de Dios que es la Biblia. Pero, ¿necesita Dios de todo eso? ¿Dios es alguien que asume la actitud agresiva del rey en su corte, donde todos deben postrarse, o bien la del juez que golpea con su mazo e interpreta la ley? ¡Qué ridiculez! Y un Dios de tal manera concebido es un ídolo que manifiesta la ausencia de fe de todos aquellos que le adoran, desde el momento en que no demuestran una actitud de confianza. Se aferran a esas reglas, a esas concepciones, sin tener ninguna adaptabilidad fundamental a la vida.

Podríamos decir que un buen científico tiene más fe que una persona religiosa, porque el buen científico dice: «Resulte la verdad lo que resultare, mi mente está abierta a la verdad. No tengo ideas preconcebidas, pero mi mente alberga algunas hipótesis referentes a lo que pueda ser la verdad y mi intención es ponerlas a prueba». Y la prueba consiste en abrir todos los sentidos a la realidad y descubrir qué es esa realidad. Pero, nuevamente, el científico tropieza con un problema, porque sabe que, sea lo que fuere lo que percibe como realidad, depende de la estructura de sus instrumentos y de sus sentidos y, en última instancia, de la estructura de su cerebro. De modo que tiene que tener fe en su propio cerebro, fe en sí mismo, en que su organismo físico –que incluye su mente– es fidedigno y capaz de determinar la realidad, la verdad... lo que es.

Tenemos que creer en nuestra razón, en nuestra lógica, en nuestra inteligencia. Es menester que tengamos fe en ellas aunque no podamos efectuar sobre nosotros mismos una verificación definitiva que nos asegure que operamos de manera adecuada. No es como si la mente fuera un aparato de radio que se puede ajustar atornillándole una nueva conexión donde haga falta; siempre tenemos que confiar.

Por consiguiente, se podría decir que la suprema imagen de Dios es lo invisible que hay detrás de los ojos, el espacio vacío, lo desconocido, lo que no se puede tocar ni ver. ¡Eso es Dios! y de eso no tenemos imagen. No sabemos lo que es, pero es algo en lo que tenemos que confiar. No hay otra alternativa; no podemos evitar confiar en él. Tenemos que hacerlo.

Esa confianza en un Dios a quien no se puede concebir en modo alguno es una forma de fe muy superior

al fervoroso aferrarse a un Dios de quien tenemos una concepción definida. Es muy fácil que esa concepción sea errónea y, aunque no lo fuera, aferrarse a ella sería una actitud errónea, porque cuando amamos mucho a una persona, no deberíamos aferrarnos a ella.

En un episodio del Nuevo Testamento se cuenta que María Magdalena, que amaba mucho a Jesús, al verlo después de su resurrección corrió inmediatamente a aferrarse a él. Y él le dijo: «No me toques», pero la palabra griega *hatir* significa aferrarse a algo. ¡No te aferres a mí! No te aferres a nada espiritual. No te aferres al agua, porque con cuanto más empeño la cojas, con tanta mayor rapidez se te escurrirá entre los dedos. No te aferres a tu respiración, porque la cara se te pondrá amoratada y te sofocarás. Hay que dejar salir el aliento. Ése es el acto de fe, exhalar y saber que la respiración volverá. La palabra budista *nirvana* significa exhalar; dejarse ir es la actitud fundamental de la fe.

No es que los cristianos no se hayan percatado de esto. Uno de los libros más fundamentales de la espiritualidad cristiana, la *Theologia Mystica*, fue escrito en el siglo VI por un monje asirio, Dionysio el Exiguo. Es un documento muy extraño porque explica que el supremo conocimiento de Dios se logra a través de lo que él llama, en griego, *agnostos*, que significa desconocer. Se conoce a Dios de la manera más profunda, de la más verdadera, no conociendo a Dios.

MEDITAR

2

El arte de la meditación es una manera de ponerse en contacto con la realidad. Y la razón para meditar es que la mayoría de las personas civilizadas han perdido el contacto con la realidad. Confunden el mundo tal como es con el mundo tal como ellos lo piensan, tal como hablan de él y lo describen. Porque por una parte está el mundo real y por otra hay todo un sistema de símbolos -referentes a ese mundo- que llevamos en nuestra mente. Son símbolos muy, muy útiles; toda la civilización depende de ellos. Pero, como todas las cosas buenas, tienen sus desventajas, y la principal desventaja de los símbolos es que los confundimos con la realidad, de la misma manera que confundimos el dinero con la auténtica riqueza y nuestro nombre, la idea y la imagen que tenemos de nosotros mismos, con nosotros.

Por cierto que, desde el punto de vista de un filósofo, «realidad» es una palabra peligrosa. Un filósofo me preguntará qué quiero decir al hablar de «realidad». ¿Estoy hablando del mundo físico de la naturaleza, de un mundo espiritual o de qué? Tengo una respuesta muy simple: cuando hablamos del mundo material usamos, de

CONFUSION

LAS IDEAS CON LO QUE

SON

hecho, un concepto filosófico. De la misma manera, si decimos que la realidad, en sí misma, no es un concepto. La realidad es... (sonido de un gong). Y no le daremos nombre.

Es asombroso todo lo que no existe en el mundo real. Por ejemplo, en el mundo real no hay cosas ni hay sucesos. ¡Lo cual no significa que el mundo real sea un vacío totalmente informe y sin interés! Significa que es un maravilloso sistema de danzas y vibraciones en medio del cual vislumbramos cosas y sucesos, de la misma manera que proyectamos imágenes sobre una mancha del Rorschach o escogemos en el cielo determinados grupos de estrellas y los llamamos constelaciones. Pues bien, en la visión de nuestra mente y en nuestro sistema de conceptos hay grupos de estrellas, pero no están allá fuera, como constelaciones ya agrupadas en el cielo. De la misma manera, la diferencia entre cada uno de nosotros y el resto del universo no es más que una idea, no una verdadera diferencia. La meditación es un camino por el cual llegamos a sentir nuestra inseparabilidad básica de la totalidad del universo. Lo que es necesario para eso es que nos callemos, que nos silenciemos interiormente e interrumbamos la cháchara interminable que nos resuena dentro del cráneo.

La mayor parte de nosotros pensamos compulsivamente durante todo el tiempo; hablamos con nosotros mismos. Si todo el tiempo estoy hablando, no oigo lo que alguien tenga que decirme. Exactamente de la misma manera, si pienso todo el tiempo, es decir, si estoy continuamente hablando conmigo mismo, no tengo nada en qué pensar, a no ser pensamientos, ideas. Por ende, estoy viviendo totalmente en el mundo de los símbolos

sin estar jamás en relación con la realidad. Y quiero ponerme en contacto con la realidad: ésa es la razón básica para la meditación.

Hay otra razón, pero es un poco más difícil de entender. Podríamos decir que la meditación no tiene una razón o que no tiene un propósito. En ese aspecto no se parece a casi ninguna otra cosa de las que hacemos, salvo, quizás, a tocar música y a bailar. Al tocar música no lo hacemos con el propósito de llegar a cierto punto, digamos el final de la composición. Si tal fuera el propósito de la música, es evidente que los ejecutantes más rápidos serían los mejores. Tampoco cuando bailamos nos proponemos llegar a un determinado lugar del suelo, como cuando hacemos un viaje. Cuando bailamos, la meta es el viaje mismo, tal como cuando tocamos música, la meta es tocar. Y exactamente lo mismo es válido para la meditación. La meditación es el descubrimiento de que siempre estamos llegando en el momento inmediato a la meta de la vida.

Por consiguiente, si uno medita por un motivo ulterior, es decir, por una mejora mental o del carácter, para ser más eficiente en la vida, tiene los ojos puestos en el futuro y no está meditando. El futuro es un concepto ¡algo que no existe! ¡No hay nada que sea «mañana»! Ni jamás lo habrá, porque el tiempo es siempre ahora. Esa es una de las cosas que descubrimos cuando dejamos de hablar con nosotros mismos y dejamos de pensar. Nos encontramos con que no hay más que un presente, únicamente un eterno ahora.

Cuando uno medita no lo hace por ninguna razón, en absoluto, a no ser por el placer de hacerlo. Y aquí enunciaría el principio fundamental de que la meditación ha de ser grata; no es algo que se hace como un penoso de-

ber. El problema de la religión actual es que está enormemente mezclada con deberes y obligaciones temibles y desagradables. Cosas que se hacen porque «son buenas para uno». Es una especie de autocastigo. La meditación, cuando se practica correctamente, no tiene nada que ver con eso; es una especie de comprensión y disfrute del presente, una suerte de fascinación ante el eterno ahora, que nos conduce a un estado de paz en el que podemos entender que el sentido de la vida, el ámbito donde se da, es simplemente aquí y ahora.

El arte de la meditación se vale de diversos recursos o apoyos que es menester mencionar. Lo primero que usaremos como medio de silenciar el parloteo de la mente es el puro sonido. Por esta razón es útil tener un gong. El mío es un gong budista japonés, de bronce y en forma de tazón. Cualquiera puede comprar uno, o hacérselo, y también puede usar su propia voz, como una melopea.

El segundo recurso es una hilera de cuentas que se usa en la meditación a la manera de un método inconsciente de medir el tiempo. En vez de mirar el reloj, se pasa una cuenta cada vez que uno hace una respiración completa, inspiración y expiración, y cuando se llega a cierta lentitud en el ritmo respiratorio, se tarda unos cuarenta minutos en contar la mitad de las ciento ocho cuentas del rosario. Es el tiempo que comúnmente se puede pasar sentado en meditación sin llegar a sentirse incómodo, con las piernas entumecidas y ese tipo de problemas.

Una tercera ayuda para la meditación es el incienso. El sentido del olfato es nuestro sentido reprimido y, por estar reprimido, ejerce sobre nosotros una poderosísima influencia que estudiaré detalladamente al final de este capítulo. Inconscientemente, asociamos ciertos olores con ciertos estados de ánimo, y como el olor del in-

cienso se asocia con la vivencia de paz y con la contemplación, es conveniente quemar incienso durante la meditación.

Otra cosa de que debemos hablar es de la forma de sentarse en la meditación. Cada uno puede sentarse de la manera que quiera, sea en una silla o, como me siento yo, a la manera japonesa, de rodillas, con los dedos de los pies apuntados hacia atrás y sentado sobre los talones, manteniendo una postura erguida y con las manos relajadas sobre el regazo. También cabe sentarse en posición de loto, que es mucho más difícil, con las piernas cruzadas y los pies apoyados sobre los muslos, con las plantas hacia arriba (y cuanto más joven sea uno al empezar a practicar esta posición, tanto más fácil le resultará). Quien así lo prefiera puede sentarse, simplemente, con las piernas cruzadas sobre un cojín que le eleve un poco del suelo. Lo importante es que, si la espalda se mantiene erguida –es decir, ni rígida ni encorvada–, se puede estar centrado manteniendo un fácil equilibrio y tener la sensación de estar enraizado en el suelo. Esta forma de estabilidad física es muy importante para evitar las distracciones y tener una sensación general de sosiego en el aquí y ahora. *J' y suis, j' y reste*, como dicen los franceses, estoy aquí, y me quedo.

Ahora que el meditador está sentado, con su incienso, su gong o su rosario, la manera más fácil de entrar en el estado meditativo es ponerse a escuchar. Cerremos simplemente los ojos y oigamos todos los ruidos que se producen en torno de nosotros, escuchando el bullicio y el murmullo general del mundo como si estuviéramos escuchando música. Sin intentar identificar los ruidos que oímos, sin ponerles nombre; simplemente dejándoles que jueguen con los tímpanos. Dejarlos pasar o, en otras

palabras, dejar que los oídos oigan lo que quieran. Y abstenerse de juzgar los ruidos –no hay ruidos adecuados ni inadecuados, y tampoco importa si alguien estornuda o se le cae alguna cosa–; todo es simplemente ruido o sonido.

A medida que uno persista en el experimento advertirá, muy naturalmente, que le resulta inevitable poner nombre a los ruidos, identificarlos y seguir pensando y hablando solo, interiormente y de manera automática. Pero lo importante es no tratar de reprimir esos pensamientos empeñándose en expulsarlos de la mente, porque eso tendrá exactamente el mismo efecto que si intentásemos alisar una superficie de aguas turbulentas con una plancha: lo único que conseguiremos será alterarla más. Lo que haremos será esto: al oír esos ruidos que nos vienen a la cabeza, y que son los pensamientos, escucharlos simplemente como parte del ruido general que hay, como escucharíamos los coches que pasan o el parloteo de los pájaros en el alféizar de la ventana. Consideremos, entonces, nuestros propios pensamientos como simples ruidos, y pronto hallaremos que el mundo exterior y el mundo interior se unifican. Son un acontecer. Nuestros pensamientos son un acontecer, lo mismo que los ruidos que hay fuera, y todo es simplemente un acontecer; lo único que estamos haciendo es observarlo.

Otro acontecer, y muy importante en este proceso, es que estamos respirando. Al empezar la meditación dejamos que el aliento se mueva a su aire. Dicho de otra manera, sin hacer ningún ejercicio respiratorio, nos limitamos a observar cómo nuestra respiración respira como quiere. Y observemos, a propósito, una cosa curiosa: en el habla ordinaria decimos «respiro», en primera

persona, porque sentimos que respirar es algo que hacemos voluntariamente, tal como podríamos caminar o hablar. Pero observemos también que, cuando no estamos pensando en respirar, la respiración se mantiene como si tal cosa. Es decir que lo curioso de la respiración es que se la puede considerar como una acción a la vez voluntaria e involuntaria. Puedo sentir, por una parte, que es algo «que hago» y, por otra parte, que es algo «que me sucede», que me acontece. Por eso la respiración es una parte importantísima de la meditación, porque es lo que va a mostrarnos, a medida que tomemos conciencia de ella, que la división rígida y sin excepciones que establecemos entre lo que hacemos y lo que nos acontece es algo arbitrario.

Observe el lector su respiración y tomará conciencia de que tanto los aspectos voluntarios de su experiencia como los involuntarios son, todos ellos, un solo acontecer. Es posible que, al comienzo, eso le dé un poco de miedo. Es posible que piense: «entonces, ¿no soy más que el títere de un acontecer, el mero testigo pasivo de algo que sucede totalmente fuera de mi control?». O bien: «¿estoy realmente haciendo todo lo que sucede?». Si así fuera, yo sería Dios y eso sería muy engorroso, porque estaría a cargo de todo... ¡y sería una situación de una responsabilidad tremenda! Y, a decir verdad, ambas cosas son ciertas. Todo está sucediéndonos, y nosotros estamos haciéndolo todo. Por ejemplo, nuestros ojos son los que convierten el sol en luz, son las terminaciones nerviosas de nuestra piel las que convierten en calor y temperatura las vibraciones eléctricas del aire, son los tímpanos los que transforman en sonido las vibraciones del aire. Tal es la manera en que cada uno de nosotros está creando el mundo. Pero aun cuando no estemos ha-

blando de ello ni reflexionando sobre ello, hay, simplemente, este acontecer, este... (sonido de un gong)... y no le pongamos nombre.

Quien se ponga a respirar durante un rato, dejando simplemente que suceda y sin interferir de ninguna manera el proceso, descubrirá algo curioso: sin hacer esfuerzo alguno, se puede respirar cada vez más profundamente. La exhalación es importante porque es el aliento de relajación, como cuando decimos: «¡Fiuuu!» y dejamos escapar un suspiro de alivio. Así, al exhalar se tiene la sensación de que el aliento cayese hacia fuera. Bajando, hundiéndose, descendiendo con el mismo tipo de sensación que tendríamos si estuviéramos tendiéndonos en una cama sumamente cómoda, haciéndonos tan pesados como nos fuera posible y abandonándonos. Pues de esa manera hay que dejar salir el aliento. Y cuando ya haya salido, total y cómodamente, y nos dé la sensación de que quiere volver a entrar, entonces no hay que tironearlo hacia dentro: hay que dejar que vuelva a caer hacia dentro, dejar que los pulmones se expandan, se expandan, se expandan hasta sentir que están total y cómodamente llenos. Y esperar un momento, dejándolo estar, y entonces, de nuevo, dejarlo caer hacia fuera. De esta manera descubriremos que nuestra respiración se hace, naturalmente, cada vez más fácil, cada vez más lenta, cada vez más poderosa.

Ahora el meditador escucha los ruidos y sonidos, escucha sus propios pensamientos y sentimientos, observa su respiración simplemente como otros tantos acontecimientos que no son voluntarios ni involuntarios. Está, ni más ni menos, percatándose de estas sensaciones básicas. Es cuando comienza a estar en el estado de meditación. No intentes apresurar nada ni preocuparte por el

futuro ni por el progreso que puedas estar haciendo. Confórmate totalmente con percartarte, con tomar conciencia de lo que es. Y no te pongas selectivo, diciéndote: «tendría que pensar en esto, y no en aquello». Observa, simplemente, lo que está sucediendo.

Para facilitar un tanto el proceso, para liberar la mente del pensamiento verbal y discursivo, es sumamente útil recurrir a sonidos salmodiados. Si escuchamos simplemente un gong, por ejemplo, dejemos que ese sonido sea la totalidad de nuestra experiencia. Es muy simple, no requiere esfuerzo alguno. Y después, junto con el gong -o solo, para quien no tenga gong-, se puede usar lo que en sánscrito se llama un mantra. Los mantras son sonidos salmodiados que se usan no por su significado, sino como simples tonos, y que armonizan con la respiración lenta. Uno de los principales mantras es la palabra OM. Es un sonido que se usa porque va desde el fondo de la garganta hasta los labios y contiene todo el registro de la voz; representa la energía total del universo. La palabra OM es el *pranava*, el nombre de la Realidad Última, el de aquello que es de lo que no hay. Y así, pues, si lo salmodiamos, *Ahhhhhuuummmmm*, y lo variamos, *Ahhhhhhmmmm*. *Ahummmmmmm* y seguimos haciéndolo durante largo rato, nos encontraremos con que la palabra se convierte en puro sonido. Ya no estaremos pensando en ella, ni tendremos imagen alguna referente al sonido que sucede en nuestra mente. Absorto completamente en el sonido, el meditador se encontrará viviendo en un eterno ahora en el cual no hay pasado y no hay futuro, no hay diferencia entre lo que se es como cognoscente y lo que se es como objeto conocido, entre el sí mismo y el mundo de la naturaleza exterior. Todo se convierte en un solo hacer, en un solo acontecer.

Y lo que pasa es que salirse de la mente, por lo menos una vez por día, es tremendamente importante. Al salirse de la mente, uno vuelve a sus cabales. Y quien se pasa todo el tiempo en la mente, se pasa de racional. Dicho de otra manera, es un puente muy rígido que, como no cede, como no tiene ningún elemento de locura, terminará siendo volado por el primer huracán.

Incienso

Tratar de expresar con palabras la idea de lo que son los olores conduce a la misma especie de frustración que se alcanza intentando describir el color a un ciego. Tengo una amiga que es ciega de nacimiento. No tiene la menor idea de lo que es la oscuridad. Cuando intenté darle una idea de lo que son las estrellas y de por qué nos gustan, le dije: «Imagínate cuando tocas el borde de algo; percibes el borde, y después apartas la mano y no hay nada que la obstruya: eso es el espacio, nada que obstruya. Ahora, imagínate si pudieras extender las manos y tantear, a tu alrededor, una gran colección de pinchos distribuidos al azar, de puntas agudas, pero que no te pinchan ni hacen daño; por lo menos, no como la punta de una aguja. Es como una especie de placer-dolor. Esa es la impresión que tenemos con eso que llamamos los ojos, como un picoteo cordial que nos llega desde todo el espacio, donde podemos ver las estrellas por la noche». Así intentamos traducir el lenguaje de la vista al lenguaje del tacto. De la misma manera, tenemos cierta dificultad para hablar de olores con gentes que, como decía G. K. Chesterton, «no tienen narices, y sólo Dios sabe lo desnarigado que es el hombre».

No sólo tenemos reprimido el sentido del olfato, sino que, a decir verdad, no nos enorgullecemos mucho de él. ~~Por ejemplo, si pregunto a alguien si huele, la pregunta parece una grosería.~~ Hay una famosa anécdota de aquel gran literato inglés que fue el doctor Johnson, que un día subió a una diligencia (eso sucedía en el siglo XVIII, cuando la gente no se bañaba con tanta frecuencia como hoy). Poco después subió a la diligencia una dama que se sentó frente a él y le dijo: «Señor, cómo huele usted». «Al contrario, señora, objetó Johnson. usted huele. Yo apesto». Como puede ver el lector, incluso en aquellos tiempos la palabra «oler» tenía mal olor. En lengua inglesa no hay más que cuatro objetivos que se apliquen específicamente al sentido del olfato. Tenemos acre, picante, fragante y pútrido. Tenemos muchísimos adjetivos que se refieren al sentido del gusto y que aplicamos al olfato, como cuando decimos que un olor es dulce, o algo así. Pero en realidad no nos percatamos mucho del sentido del olfato que, sin embargo, ejerce sobre nosotros una influencia enorme, por lo mismo que no tenemos conciencia de él. Creo que esos sentimientos de atracción y de rechazo instantáneos que experimentamos hacia otras personas y que son totalmente irracionales, se basan en la determinación inconsciente de si nos gusta o no el olor que tienen. ¡ Y los olores son tan poderosos para evocar recuerdos! Las cosas que hemos olido de niños, tal como el olor del café recién molido por la mañana, el del tocino al freírse, el de las hojas que se queman una tarde de otoño, evocan vívidamente las emociones y los sentimientos de la niñez.

Pero cuando se pone a hablar de cosas muy profundas, la gente no habla nunca del sentido del olfato. Hablan del tacto, de la vista, del gusto y del oído. Por ejemplo,

se nos habla de la visión de Dios. En la Iglesia católica se dice que el logro supremo que puede alcanzar el hombre y al que pueden llegar los ángeles es la visión beatífica, la visión de Dios. Uno de los salmos dice: «Oh, mira y saborea lo excelente que es el Señor.» Mira y saborea. Pero a nadie se le ocurrió jamás la idea de oler a Dios, de tener además de la visión beatífica, el aroma beatífico. Sin embargo, es bastante curioso que, a través de toda la historia de las religiones, hasta que llegamos al fenómeno que se conoce con el nombre de «nariz protestante», hayamos usado incienso en nuestros servicios religiosos.

Los hindúes usan incienso, los mahometanos y los católicos también lo usan, y los hebreos usan incienso o solían hacerlo. Pero se produjo una ruptura en la época de la Reforma, cuando el incienso quedó en cierto modo abandonado. ¿A qué se debió esto, esta represión del sentido del olfato? No lo sé; lo que sé es que está reprimido, ¡y es una lástima! Nos estamos privando de todo un mundo de maravillas. La nariz es exactamente tan sensible como los oídos, y así como puede haber maravillas para los ojos, también puede haberlas para la nariz. No sé por qué somos tan tímidos, tan estrictos, cuando se trata de admitir que tenemos narices. Los animales tienen el más increíble sentido del olfato y son capaces de detectar toda clase de cosas. Abren ante sí todo un nuevo mundo de experiencia por el simple hecho de usar la nariz. Pero, si uno no usa la nariz, se encuentra realmente en una situación tan lamentable como la de alguien que fuera sordo o ciego de nacimiento: se pierde todo un sentido. E igualmente, hay todo un arte del olfato. De una mitad de él, el arte de la perfumería, sé muy poco. Pero sé que un perfumista muy hábil, pues-

to ante una mujer muy hermosa, olfatea el olor de su cuerpo y combina esa emanación natural del cuerpo con un ingrediente fragante que armonice perfectamente con ella, produciendo una combinación de aromas totalmente individual que es el olor propio y auténtico de ella. No sé por qué no habría uno de tener su olor propio y auténtico, así como tiene su propia y auténtica voz, su propio rostro auténtico y, por cierto, su propio y auténtico carácter. En cambio, sé bastante sobre incienso.

Todo el mundo sabe que el incienso se vende mucho en los Estados Unidos y Europa. Pero el incienso que habitualmente se vende suele ser de color morada o negro. Y, aunque hay buenos inciensos que tienen ese color, mi consejo es no comprar nunca un incienso negro o morada, a menos que se lo compremos a alguien que realmente entienda de incienso y pueda asesorarnos bien. Pero por lo común, los inciensos negros o morados huelen a perfume barato. Un mal incienso siempre tiene olor a jabón; un incienso bueno tiene un olor como a selva, resinoso o floral. El incienso absolutamente básico en Oriente es el sándalo. Tengo un cofrecillo de sándalo que lleva escrito, en caracteres chinos: «Ave, sonido; flor, perfume». Es decir que del pájaro tenemos que esperar sonido, de la flor, perfume. A veces, con un trozo de madera de sándalo se hace una estatua, la de una deidad hindú por ejemplo. Pero en general el sándalo se usa básicamente como incienso. Viene en diversas formas: en astillas, en polvo y en varillas. La mejor manera de quemar incienso es en un tazón con arena, usando carbón, que se puede comprar en las tiendas que venden objetos para el culto, impregnado con salitre, que se enciende solo. También se puede usar el carbón común para el fuego, pero no lo recomiendo. Cuando se tiene

el carbón encendido, se coge una astilla de sándalo y se pone sobre las brasas, para que se caliente lentamente. No se tardará mucho en tener toda la habitación maravillosamente impregnada por ese perfume extrañamente dulce y selvático, sin ser empalagoso ni dulzón.

Hay tres clases básicas de incienso: el que se usa en los templos, la yesca para ahuyentar insectos y el incienso de tocador. El incienso que se usa en los templos es muy puro; huele como los altos bosques de montaña, o como la soledad, y es el sándalo en forma de simple astilla. También se prepara en polvo; se puede echar una pulgarada sobre carbones encendidos o usarlo para frotárselo en las manos. Yo llevo a modo de collar lo que en japonés se llama *juzu*, un rosario budista zen. Y me froto las manos con un poco de polvo de sándalo para jugar con él. Lo uso para contar los movimientos respiratorios durante la meditación, haciendo simplemente una respiración completa, inhalación y exhalación, por cada cuenta. Y después de haberlas contado todas, el rosario queda perfumado de sándalo.

Otra forma estupenda de incienso vegetal proviene de un árbol que los japoneses llaman ginkgo, que crece en Oriente y padece una enfermedad en virtud de la cual la madera se vuelve sumamente dura. Y esa madera durísima, el áloe, es enormemente cara. La enfermedad del árbol es como las perlas para las ostras: de alguna manera, de la enfermedad se genera algo bello. También el incienso de áloe se quema sobre carbones, y es uno de los perfumes más maravillosos del mundo. Su aroma es el de los altos bosques, y el anciano doctor Suzuki, la gran autoridad sobre budismo zen, ha dicho que el olor del ginkgo es el olor del budismo. Se usa en los templos budistas chinos y japoneses en ocasiones especiales. Y

hay muchísimas variedades fantásticas. Hay un incienso especial que usan los japoneses en su tradicional ceremonia del té, una ceremonia que no es religiosa y, sin embargo, lo es en grado sumo. La ceremonia consiste en beber té y no hay en ella imágenes, iconos ni símbolos religiosos. Sólo se trata de tomar el té con total y plena atención, como si fuera la única cosa importante que hay en el universo. La ceremonia del té es un vivir completamente en el presente, un estar absolutamente en lo que se está haciendo, pero de una manera suelta y relajada. Es vivir en el eterno ahora, que es de hecho el único lugar que hay para estar. Para la ceremonia, los japoneses usan una vasija especial, con una curiosa tapa de marfil. Originariamente servía para guardar medicinas en forma de hierbas o de píldoras, pero los maestros de la ceremonia del té los sintieron como algo tan elegante que empezaron a usar estos recipientes como receptáculos de incienso para la ceremonia. El incienso se hace en forma de bolitas negras, muy pequeñas y de un olor absolutamente peculiar, que sólo se asocia con la ceremonia del té.

Otra forma conocida de incienso es la que viene en varillas. Se enciende una varilla de incienso, se apaga la llama y la clava en un tazón de arena. El más suntuoso de los inciensos japoneses tiene como base el almizcle, aunque es verde, y el verde está hecho habitualmente de pino. También se puede encontrar, aunque excepcionalmente, un estupendo incienso en varillas que proviene del Tibet, donde lo consideran como yesca. Tiene el aroma de las hojas en otoño, es un poco más denso y muy eficaz para ahuyentar los mosquitos. Hay varillas de incienso similares y no menos maravillosas que provienen de Nepal; es un incienso tosco,

que me gusta especialmente por ser tan distinto de los demasiado perfumados. Uno de los inciensos nepaleses más extraordinarios viene en forma de trocito de cuerda y tiene una fragancia agradablemente dulce, sin nada de empalagoso. Es como la dulzura de las fresas naturales o de la miel de abejas, comparada con la de los caramelos baratos.

En Pakistán tienen espirales de incienso que son yesca y se usan para combatir los mosquitos. Hay otra forma interesante de incienso en espiral que se usa para reproducir un símbolo religioso y, cuando se enciende, se quema hasta que el símbolo queda delineado en negro.

En Occidente se usa como incienso principalmente resina. Las resinas de diversos árboles son los ingredientes básicos de los inciensos que se usan en las iglesias cristianas, tanto de Oriente como de Occidente. Y lo más delicioso que tiene usar este tipo de incienso es el incensario o turíbulo que se hace oscilar para dispersar el aroma. Es fascinante usarlo y se puede sacudir sin que el incienso se salga. En todas las iglesias occidentales se usa de esta manera, que por razones que me son desconocidas los protestantes abandonaron, perdiéndose todo el placer de hacer algo tan grato para mayor gloria de Dios.

NADA

Tengo mi casa a bordo del *ferryboat* "Vallejo", que está amarrado hacia el norte de Sausalito, cerca de San Francisco. Tal vez alguien piense que un *ferryboat* es un lugar bastante extravagante para vivir, pero a mí siempre me han gustado las extravagancias. Cuando era pequeño, la gente solía decirme: «Alan, qué extravagante eres. ¿Acaso no puedes ser como los demás?». A mí me parecía que eso era simplemente aburrido, como tener que comer todos los días la misma cosa. Y la variedad, como bien se dice, es la sal de la vida.

Algunas cosas son extravagantes porque son obvias; nadie piensa jamás en ellas. Algunos de los descubrimientos científicos más fascinantes fueron realizados por personas que pusieron en tela de juicio lo que se aceptaba como cuestión de sentido común, como esta afirmación: «Cualquiera puede ver que la tierra es plana, y todos saben que lo es». El cuestionamiento de este supuesto fundamental fue el comienzo de la geografía.

Cuando pienso en la más extravagante de todas las cosas que pueden ocurrírseme, ¿sabéis lo que es? La nada. La idea de nada es algo que ha acosado a la gente durante siglos, especialmente en el mundo occidental. En

latín hay un dicho, *Ex nihilo nihil fit*, que significa «De la nada nada sale». En otras palabras, que no se puede sacar algo de la nada. A mí se me ocurre que esto es una falacia de proporciones tremendas, subyacente en las raíces de todo nuestro sentido común, y no sólo en Occidente, sino también en muchas partes de Oriente. Se manifiesta como una especie de terror de la nada, de menosprecio de la nada, un menosprecio de todo lo que se asocia con la nada, tal como el sueño, la pasividad, el descanso, e incluso el principio femenino, que se equipara frecuentemente con el principio negativo (aunque a la gente del movimiento de liberación femenina no le guste ese tipo de cosas, creo que cuando entiendan lo que digo, no lo objetarán). Para mí la nada -lo negativo, lo vacío- es sumamente potente. Yo no diría *Ex nihilo nihil fit*, sino: «No se puede tener algo sin nada».

¿Cómo empezamos, básicamente, a pensar en la diferencia entre algo y nada? Cuando digo que hay un cigarro en mi mano derecha y ninguno en mi mano izquierda, perfilo la idea de «es» -algo- y «no es» -nada-.* En la base de este razonamiento se halla el contraste, mucho más obvio, entre lo sólido y el espacio. Tendemos a pensar en el espacio como nada; cuando hablamos de la conquista del espacio hay cierto elemento de hostilidad. Pero en realidad estamos hablando de la conquista de la distancia. El espacio, o lo que está entre la tierra y la luna y entre la tierra y el sol, se considera como si no fuera absolutamente nada.

Pero, para sugerir todo lo poderosa e importante que es esta «absolutamente nada» quisiera señalar que, si no

* En inglés, las expresiones impersonales «hay» y «no hay» se construyen a partir de un uso impersonal del verbo *to be*, ser. (*N. de la T.*)

tuviéramos espacio, no podríamos tener nada sólido. Sin el espacio exterior a lo sólido no sabríamos dónde están los bordes de lo sólido. Por ejemplo, si el lector puede verme en una fotografía, es porque ve un fondo, y ese fondo destaca mi contorno. Pero si el fondo no estuviera, yo y todo lo que me rodea nos perderíamos en una única masa bastante extraña. Siempre se necesita tener un fondo de espacio para ver una figura. La figura y el fondo, lo sólido y el espacio, son inseparables y siempre van juntos.

Es lo mismo que encontramos comúnmente en el fenómeno del magnetismo. Un imán tiene un polo norte y un polo sur; no hay imanes que tengan solamente un polo. Supongamos que equiparamos el norte con «es» y el sur con «no es». Se puede cortar el imán en dos pedazos, si se trata de una barra magnética, y nos quedaremos simplemente con otro polo norte y otro polo sur, con otro «es» y otro «no es», en el extremo de cada trozo.

Lo que estoy tratando de expresar en términos lógicos es que no hay una especie de lucha entre algo y nada. Todos conocemos las famosas palabras de Hamlet: «Ser o no ser, ésa es la cuestión. » Pues no; ser o no ser no es la cuestión. Porque no se puede tener un sólido sin espacio. No se puede tener un «es» sin un «no es», un algo sin nada, una figura sin fondo. Y podemos dar vuelta y decir: «No se puede tener espacio sin sólido».

Imaginemos que no hay más que espacio, espacio, espacio, espacio sin nada en él, eternamente. Pero mientras estamos imaginándolo, somos algo en el espacio. Toda la idea de que haya solamente espacio y absolutamente nada más es no sólo inconcebible, sino un perfecto absurdo, porque siempre sabemos lo que algo significa por contraste.

Sabemos lo que queremos decir al hablar de blanco, por comparación con el negro. Conocemos la vida en comparación con la muerte, el placer al compararlo con el dolor, arriba en comparación con abajo. Pero todas estas cosas deben, necesariamente, llegar juntas al ser. No se tiene primero algo y después nada, o primero nada y después algo. Algo y nada son dos caras de la misma moneda. Si se lima el lado de «cara» de una moneda hasta hacerlo desaparecer, el lado de «cruz» desaparecerá también. De manera que, en este sentido, lo positivo y lo negativo, el algo y la nada, son inseparables y van juntos. La nada es la fuerza en virtud de la cual puede manifestarse el algo.

Pensamos que la materia es básica para el mundo físico. Y la materia tiene diversas formas. Consideramos que las mesas están hechas de madera, tal como pensamos que los tiestos están hechos de barro. Pero un árbol, ¿está hecho de madera de la misma forma que una mesa? No, un árbol «es» madera; no está «hecho» de madera. «Árbol» y «madera» son dos nombres diferentes para la misma cosa.

Pero en el trasfondo de nuestra mente, como raíz del sentido común, está la idea de que todo lo que hay en el mundo está hecho de alguna especie de «sustancia» básica. Y, a lo largo de los siglos, los físicos han querido saber qué era eso. Es más, la física empezó como una indagación procurando descubrir la sustancia básica de la cual está hecho el mundo. Y, con todos nuestros adelantos en física, jamás lo hemos descubierto. Lo que hemos descubierto no es sustancia, sino forma. Hemos encontrado configuraciones, hemos encontrado estructuras. Cuando uno se acerca al microscopio y mira las cosas esperando ver alguna clase de sustancia, se en-

cuentra en cambio con formas, pautas, estructuras. Se encuentra con la configuración de los cristales, y más allá de ella se encuentra con moléculas; más allá de las moléculas se encuentra con átomos y, más allá de los átomos, con electrones y protones entre los cuales hay vastos espacios. Como no podemos decidir si los tales electrones son ondas o partículas, los llamados «ondículas».

Lo que alcanzaremos no será nunca sustancia, sino siempre una pauta, un modelo. Un modelo que se puede describir y medir, pero nunca llegamos a una sustancia por la sencilla razón de que no la hay. De hecho, decimos que algo es sustancia cuando lo vemos de manera poco clara, fuera de foco, borrosa. A simple vista nos parece simplemente un pegote en el cual no podemos distinguir ninguna forma significativa. Pero al ponerlo bajo el microscopio repentinamente vemos formas. Al quedar claramente enfocado, se muestra como forma.

Y así se puede seguir y seguir escudriñando la naturaleza del mundo sin encontrar jamás otra cosa que forma. Pensemos en la sustancia, en una sustancia básica. Uno no sabría cómo hablar de ella; aun si se la encontrase, ¿cómo se la podría describir? No se podría decir nada de una estructura que tuviese, no se podría hablar de un modelo o de un proceso que se observara en ella, porque sería un pegote primordial y absoluto.

¿Qué más hay en el mundo, además de forma? Evidentemente, entre las configuraciones significativas de cualquier forma hay espacio. Y espacio y forma van juntos como las cosas fundamentales con que tenemos que vérnoslas en este universo. Hay un dicho en el que se basa la totalidad del budismo: «El vacío no es diferente de la forma y la forma no es diferente del vacío».

Permítaseme ejemplificarlo de manera muy sencilla. Cuando usamos la palabra «claridad», ¿qué queremos decir? Podríamos estar hablando de una lente o de un espejo perfectamente pulido, o de un día claro y sin bruma en que el aire es perfectamente transparente, como el espacio.

¿En qué otra cosa hace pensar la palabra «claridad»? Se piensa en una forma claramente enfocada con todos los detalles nítidos y perfectos. Es decir que la misma palabra «claridad» nos sugiere estas dos cosas, al parecer completamente diferentes: la claridad de la lente o del espejo y la claridad de la forma definida. En este sentido podemos tomar el aforismo: «Forma es vacío, vacío es forma» y, en vez de decir «es», decir «implica» o, si se prefiere, «acompaña». La forma siempre acompaña al vacío. Y en realidad no hay, en el universo entero, sustancia alguna.

La forma es, de hecho, inseparable de la idea de energía y, especialmente cuando se mueve en un área muy circunscrita, la forma se nos aparece como algo sólido. Por ejemplo, cuando se hace girar un ventilador eléctrico, los espacios vacíos entre las paletas dan la impresión de que desaparecen convirtiéndose en una mancha, y es imposible meter un lápiz –y mucho menos un dedo– en el ventilador. De la misma manera, tampoco se puede meter un dedo en el suelo, porque el suelo se mueve con demasiada rapidez. Básicamente, lo que tenemos ahí abajo es nada y forma en movimiento.

Una vez me hablaron de un físico de la Universidad de Chicago –bastante chiflado, como muchos científicos– a quien la idea de la falta de solidez, de la inestabilidad del mundo físico impresionaba de tal manera que solía usar unas enormes pantuflas acolchadas por temor de

caerse a través del suelo. De manera que la idea que propicia el sentido común de que el mundo está hecho de algún tipo de sustancia, es una idea sin sentido; no hay tal sustancia, en absoluto, y lo que hay, en cambio, es forma y vacío.

La mayor parte de las formas de energía son vibración, pulsación. La energía de la luz o la energía del sonido están en una perpetua alternancia de conexión y desconexión, de *on* y *off*. En el caso de una luz muy rápida, muy fuerte, incluso con corriente alterna no se nota la discontinuidad, porque la retina conserva la impresión de la pulsación *on*, y la pulsación *off* no se puede percibir a no ser en una luz muy lenta, como la de una lámpara de arco. Exactamente lo mismo ocurre con el sonido. Una nota alta parece más continua porque las vibraciones son más rígidas que las de una nota baja. En la nota baja se oye una especie de granulosidad porque la alternancia entre el *on* y el *off* es más lenta.

Todo movimiento ondulatorio responde a este proceso y cuando pensamos en ondas pensamos en crestas. Las crestas sobresalen del lecho uniforme de agua subyacente y son lo que percibimos como las cosas, las formas, las olas. Pero no se puede tener esa intensificación que es la cresta, lo convexo, sin la des-intensificación, sin lo cóncavo, lo que llamamos el seno. Es decir, para tener algo que sobresalga debe haber algo que descienda o que retroceda. Debemos darnos cuenta de que si sólo tuviéramos esta parte, la de arriba, los sentidos no llegarían a percibirla, porque no habría contraste.

Lo mismo es válido para toda la vida en su conjunto. En realidad, no deberíamos contrastar la existencia con la no existencia porque, de hecho, existencia es la alternancia de «ahora lo ves/ahora no», «ahora lo ves/ahora

ra no», «ahora lo ves/ahora no». Y es ese contraste lo que produce la sensación de que haya siquiera algo.

Ahora bien, en la luz y en el sonido las ondas son extraordinariamente rápidas, de modo que no vemos ni oímos el intervalo que hay entre ellas. Pero hay otras circunstancias en las cuales las ondas son extraordinariamente lentas, como sucede con la alternancia del día y la noche, de la luz y la oscuridad, y con las otras, mucho más vastas, de la vida y de la muerte. Pero estas alternancias son exactamente tan necesarias para el ser del universo como lo son en los rapidísimos movimientos de la luz y el sonido, y en la sensación de contacto sólido, cuando el movimiento es tan rápido que sólo advertimos la continuidad, el aspecto de «es». Aunque ignoremos la intervención del aspecto «no es», está allí, tal como hay vastos espacios en el corazón mismo del átomo.

Otra cosa que concuerda con todo esto es la perfecta evidencia de que el universo es un sistema consciente de sí mismo. En otras palabras: nosotros, como organismos vivientes, somos formas de la energía del universo, tal como lo son las estrellas y las galaxias, y –por mediación de nuestros órganos sensoriales– este sistema de energía cobra conciencia de sí.

Pero para entenderlo así debemos volver a tomar contacto con nuestro contraste básico entre el *on* y el *off*, entre el algo y la nada, y comprender que el aspecto del universo que toma conciencia de sí, que efectúa la percatación, no se ve a sí mismo. Dicho de otra manera, que no podemos mirarnos a los ojos a nosotros mismos. Uno no puede observarse en el acto de observar; no puede tocarse la punta del dedo con la punta del mismo dedo, por más que se esfuerce. Por ende, en el reverso

de toda observación hay un punto vacío, que está, por ejemplo, detrás de nuestros ojos desde el punto de vista de nuestros ojos. Por más que nos demos vuelta, detrás de ellos hay un vacío. Es lo desconocido. Es la parte del universo que no se ve porque está viendo.

Siempre llegamos a esta división de la experiencia en una mitad conocida y una mitad desconocida. Nos gustaría conocer, si pudiéramos, esta perpetua incógnita. Si examinamos el cerebro y la estructura de los nervios que hay detrás de los ojos, siempre estamos mirando algún cerebro ajeno. Jamás podemos mirar nuestro propio cerebro al mismo tiempo que investigamos el cerebro de otro.

Entonces, en la experiencia existe siempre este aspecto vacío. Lo que quiero decir es que el aspecto vacío de la experiencia tiene con el aspecto consciente la misma relación que tienen entre sí el principio *off* y el principio *on* de la vibración. Hay una división fundamental. Los chinos les dan el nombre de *yang*, el aspecto positivo, y *yin*, el aspecto negativo. Esto corresponde a la idea de uno y de cero. Todos los números pueden componerse de uno y de cero, como en el sistema de numeración binario que se usa para las computadoras.

Así pues, todo está hecho de *on* y *off*, de consciente e inconsciente. Pero lo inconsciente es la parte de la experiencia que hace la conciencia; así como el seno manifiesta la ola, el espacio manifiesta lo sólido, el fondo la figura. Así, todo ese aspecto de la vida que llamamos inconsciente, desconocido, impenetrable, es inconsciente, desconocido e impenetrable porque es nuestro verdadero yo. En otras palabras, el yo más profundo es el aspecto de la nada, el aspecto que no conocemos.

En consecuencia, no temamos a la nada. «En la nada no hay nada que temer», podríamos decir. Pero en nuestra cultura a la gente le aterra la nada. Sienten terror de la muerte y les inquieta dormir, porque lo consideran una pérdida de tiempo. En el fondo de su mente acecha el temor de que el universo terminará por detenerse y acabar en nada, y de que todo quedará olvidado, muerto y enterrado. Pero es un miedo completamente irrazonable porque es exactamente esa nada lo que es, siempre, la fuente de algo.

Volvamos a pensar en la imagen de la claridad, aquella claridad de cristal. «Nada» es lo que hace que «algo» sea enfocado. Esa «nada», simbolizada por el cristal, es nuestro propio ojo, nuestra propia conciencia.

MUERTE

Desde que soy capaz de recordar, desde mi niñez más temprana, siempre me ha fascinado la idea de la muerte. Habrá quien piense que es algo un tanto morboso, pero cuando, al acostarse, un niño recita la plegaria protestante «Si muero antes de despertar», hay en ello algo absolutamente sobrenatural y horripilante. ¿Cómo sería irse a dormir y no despertarse nunca? La mayoría de las personas razonables se limitan a dejar de lado la idea. «Eso es algo impensable», dicen; se encogen de hombros y dicen: «Bueno, pues así será.»

Pero yo soy uno de esos tercos empecinados que no se conforman con una respuesta así. No es que ande en busca de algo que la trascienda, sino que me fascina muchísimo cómo sería irse a dormir y no despertarse nunca. Mucha gente piensa que sería como adentrarse para siempre en la oscuridad o ser enterrado vivo. Pero ¡es obvio que no puede ser así, de ningún modo! Porque la oscuridad es algo que conocemos por contraste -y sólo por contraste- con la luz.

Tengo una amiga, una muchacha muy inteligente y que se expresa bien, que es ciega de nacimiento y no tiene la más remota idea de lo que es la oscuridad. Para ella,

¡HISO MIO!
¡QUÉ TRISTE LA VIDA SIN TÍ!

la palabra tiene tan poco sentido como la palabra «luz». Y lo mismo nos sucede a todos; cuando dormimos, no nos percatamos de la oscuridad.

Si uno se fuera a dormir y se sumergiese en la inconsciencia para siempre jamás, esto no se parecería en nada a hundirse en la oscuridad, ni tampoco a ser enterrado vivo. En realidad, sería como no haber existido nunca. Y no sólo uno mismo, sino también todo lo demás. Uno estaría en ese estado como si nunca hubiera existido. Y naturalmente, no habría problemas, no habría nadie que lamentara la pérdida de nada. Ni siquiera se podría calificar de tragedia, porque no habría nadie para vivirlo como tragedia. Sería simplemente... nada en absoluto. Porque no solamente uno no tendría futuro; tampoco tendría pasado ni presente.

A esta altura es probable que el lector esté pensando: «Mejor hablemos de otra cosa». Pero yo no me conformo, pues todo esto me hace pensar en otras dos cosas. Ante todo, ese estado de nada me hace pensar que lo único que, en mi experiencia, se aproxima a la nada, es la forma en que mi cabeza se presenta a mis ojos. La sensación parece ser que ahí fuera hay un mundo ante mis ojos, pero por detrás de ellos no hay una mancha negra, ni siquiera una mancha borrosa. ¡No hay absolutamente nada! No tengo una percepción de mi cabeza como si fuera un agujero negro en mitad de toda esa luminosa experiencia visual. No tiene siquiera bordes muy definidos. El campo visual es un óvalo y por detrás de ese óvalo de visión no hay absolutamente nada. Claro que si me valgo de los dedos para palpar, puedo sentir algo detrás de mis ojos; si me valgo únicamente del sentido de la vista, allí no hay nada en absoluto. Y sin embargo, a partir de ese vacío, veo.

La segunda cosa en que me hace pensar todo esto es que cuando esté muerto seré como si nunca hubiera nacido, y que así era antes de nacer. Así como cuando intento ir detrás de mis ojos para saber lo que hay allí me encuentro con un vacío, si procuro retroceder cada vez más en la evocación hasta llegar a mis recuerdos más tempranos y más allá aún...: nada, un vacío total. Pero, de la misma manera que sé que hay algo detrás de mis ojos si me apoyo los dedos en la cabeza, también sé por otras fuentes de información que, antes de que yo naciera, había algo que sucedía. Estaban mi padre y mi madre, y los padres de ellos, y toda la circunstancia material de la Tierra y su vida, de la cual ellos surgieron, y más allá de eso el sistema solar, y más allá la galaxia, y más allá todas las galaxias, y más allá aún otro vacío: el espacio. Mi razonamiento es que si cuando muera vuelvo al estado en que me hallaba antes de nacer, ¿no podría acaso volver a suceder?

Lo que ha sucedido una vez bien puede suceder de nuevo. Si sucedió una vez es extraordinario, y en realidad no sería mucho más extraordinario que volviera a suceder. De hecho, sé que he visto morir a personas y he visto que otras personas nacen después. O sea que después de que yo muera no sólo nacerá alguien; nacerán ^{Volta} *miles* de personas. Es algo que todos sabemos, algo de lo cual no cabe duda. Lo que nos preocupa es que cuando hayamos muerto pueda no haber nunca más absolutamente nada, como si eso fuera algo para preocuparse. Antes de que naciéramos había ese mismo «nunca más absolutamente nada» y, sin embargo, sucedimos. Y si sucedimos una vez, podemos volver a suceder. ??

Ahora bien, ¿qué significa todo esto? Para verlo de la manera más simple, y para explicarme correctamen-

te, debo inventar un verbo, el verbo «yoificar» (to I).^{*} Lo escribiremos con la letra «I», pero en vez de usarla como pronombre, haremos de ella un verbo. El universo se «yoifica» (*I's*). Se ha «yoificado» en mí y se «yoifica» en ti. Ahora, volvamos a escribir el mismo sonido como *eye* (ojo). Cuando hablo de *to eye*, «ojear». quiero decir mirar algo, percatarme o tomar conciencia de algo.

Entonces, cambiaremos la forma de escribirlo y diremos que el universo «ojea» (*eyes*), que toma conciencia de sí mismo en cada uno de nosotros al «yoificarse» y, cada vez que lo hace, cada uno de nosotros en quien se «yoifica» siente que él es el centro de todo. Sé que tú tienes la sensación de ser yo de la misma manera que yo tengo la sensación de ser yo. Todos tenemos el mismo trasfondo de nada, no recordamos haberlo hecho antes y sin embargo antes ha sido hecho innumerables veces; no sólo antes en el tiempo, sino por todas partes a nuestro alrededor, en el espacio, están todos, está el universo «yoificándose» y tomando conciencia.

Procuremos aclararlo más diciendo que es la «yoificación» del universo. ¿Quién se «yoifica»? ¿Qué que-

* En inglés se puede convertir en verbo una función gramatical (en este caso un pronombre, *I*: yo, y un sustantivo, *eye*: ojo, fonéticamente idénticos) mediante el recurso de anteponerle la partícula *to*, característica del infinitivo. Como ninguna de las terminaciones de infinitivo del castellano -aparte de dar neologismos tan poco eufónicos como «yoar», «yoer», «yoir»- permite inventar un verbo capaz de reproducir (con lo que se habría justificado su presencia) el retruécano fonético con *to eye*, cuyo significado de «observar, mirar con atención» queda vertido en forma apenas aproximada por nuestro «ojear», no restaba otra alternativa que el rebuscado e insatisfactorio «yoificar», respaldado en la esperanza de que la nota -lamentablemente tan complicada como el texto- permita de algún modo al lector suplir la irremediable insuficiencia de la traducción (*N. de la T.*)

remos decir con «yo»? Hay dos cosas. Primero, podemos referirnos a nuestro ego, a nuestra personalidad. Pero ésa no es nuestra verdadera «yoificación», porque la personalidad es la idea que tenemos de nosotros mismos, nuestra imagen de nosotros mismos, y esto es algo compuesto de cómo nos sentimos, de lo que pensamos de nosotros mismos, mezclado con todo lo que de nosotros nos han dicho nuestros amigos y familiares. De modo que la imagen de sí mismo que uno se hace no tiene de uno más de lo que puede tener su fotografía, ni es uno en mayor medida que la imagen de una cosa cualquiera «es» la cosa. Las imágenes que tenemos de nosotros mismos no son más que caricaturas. Para la mayoría de nosotros no contienen información alguna sobre la forma en que construimos nuestro cerebro, hacemos funcionar nuestros nervios o circular nuestra sangre, sobre cómo segregamos con nuestras glándulas o damos forma a nuestros huesos. Nada de eso está contenido en la sensación de la imagen que denominamos el ego, de manera que es obvio que la imagen del ego no soy yo, no es mi «sí mismo».

Mi «sí mismo» abarca todas esas cosas que está haciendo el cuerpo; la circulación de la sangre, la respiración, la actividad eléctrica de los nervios, todo eso soy yo, pero yo no sé cómo se hace. Y sin embargo, lo hago. Es correcto decir que yo respiro, camino, pienso, estoy consciente; no sé cómo me las arreglo para estarlo, pero lo hago de la misma manera que me hago crecer el pelo. Por consiguiente, tengo que localizar ese centro de mí mismo que es mi «yoificación» en un nivel más profundo que mi ego, que es la imagen o idea que tengo de mí mismo. Pero, ¿hasta qué profundidad tenemos que ir?

Podemos decir que el cuerpo es el «yo», pero el cuerpo proviene del resto del universo, proviene de toda esa energía... de modo que es el universo que se «yoifica». El universo se «yoifica» de la misma manera que un árbol da manzanas o una estrella brilla, y el centro de ese dar manzanas es el árbol, y el centro de ese brillar es la estrella, de modo que el centro básico del sí mismo de la «yoificación» es el universo eterno o la cosa eterna que lleva diez mil millones de años de existencia y probablemente seguirá existiendo durante un lapso igual, por lo menos. El tiempo que dure no es cosa nuestra, pero como eso repetidamente se «yoifica», parece absolutamente razonable suponer que cuando yo me muera y mi cuerpo físico se desintegre, y con él todo el sistema mnémico, entonces la conciencia, la percatación que yo tuve, volverán una vez más a comenzar, no exactamente de la misma manera, sino simplemente como un bebé que nace.

Y por cierto que habrá miríadas de bebés que nazcan, y no solamente bebés humanos, sino bebés conejos y ranas, bebés bacterias y virus y moscas de la fruta... ¿y cuál de ellos me tocará ser? Sólo uno de ellos y, sin embargo, cada uno de ellos es una experiencia que siempre se da en singular, de a uno por vez, pero sin duda uno de ellos. En realidad no tiene mucha importancia cuál porque si me tocara nacer como mosca de la fruta pensaría que ser una mosca de la fruta era lo más normal del mundo y, naturalmente, me consideraría una persona importante y muy culta, porque es evidente que las moscas de la fruta tienen una refinadísima cultura. Aunque nosotros no sepamos siquiera cómo aproximarnos a ella, es probable que tengan sinfonías y música de todas clases, que organicen espectáculos artísticos basados en las

diferentes maneras que tiene la luz de reflejarse en sus alas, o en las coreografías que dibujan en el aire, y que se digan: «Oh, mírala, qué estilo tiene, fijate cómo se refleja la luz en sus alas». Ellas, en su mundo, se consideran tan importantes y civilizadas como nosotros en el nuestro. De modo que si hubiéramos de volver como moscas de la fruta, no nos sentiríamos diferentes de lo que nos sentimos al volver como seres humanos. Ya estaríamos acostumbrados.

Habrà quien diga: «¡Pero no sería yo! ¡Porque si volviere a ser yo, tendría que recordar cómo era antes! ». De acuerdo, pero recordemos que no sabemos cómo eramos antes y, sin embargo, cada uno está bastante contento con ser el yo que es. En realidad, es un arreglo totalmente satisfactorio para este mundo que no recordemos cómo era antes. ¿Por qué? Porque la variedad es la sal de la vida, y si recordáramos y recordáramos y siguiéramos recordando que hicimos algo una y otra, y otra vez más, nos aburriríamos. Para ver una figura tenemos que tener un fondo, para que un recuerdo sea precioso tenemos que tener, también, capacidad de olvido. Por eso dormimos todas las noches, para recobrar fuerzas; nos sumergimos en lo inconsciente para que el retorno a la conciencia sea, una vez más, una gran experiencia.

Día tras día recordamos los días que han transcurrido antes, aunque se interponga el intervalo del sueño. Finalmente llega un momento en que, si consideramos lo que verdaderamente nos gusta, desearemos olvidar todo lo que sucedió antes. Entonces podemos tener la extraordinaria experiencia de ver una vez más el mundo a través de los ojos de un bebé... de cualquier clase de bebé. Entonces todo será completamen-

te nuevo y recuperaremos todo el deslumbrado asombro que experimenta un niño, toda la vivacidad de percepción que no tendríamos si siguiéramos recordándolo todo, para siempre.

El universo es un sistema que se olvida de sí mismo y después vuelve a recordar, de modo que hay siempre un cambio constante y una constante diversidad en el ámbito del tiempo. Y lo mismo hace en el ámbito del espacio, mirándose a través de todos y cada uno de los diferentes organismos vivientes, obteniendo una visión global.

Ésta es una manera de liberarse de prejuicios, de liberarse de una visión unilateral. La muerte, en ese sentido, es una liberación tremenda de la monotonía. Pone a todo un término de total olvido mediante un proceso rítmico de *on/off, on/off*, de modo tal que se puede empezar todo de nuevo sin aburrirse jamás. Pero lo importante es que si el lector puede jugar imaginativamente con la idea de no ser nada para siempre jamás, lo que en realidad está diciendo es «cuando yo me muera, el universo se detiene», mientras que yo digo que «continúa», tal como venía haciéndolo cuando nacimos. Alguien podrá pensar que es increíble que tengamos más de una vida, pero ¿acaso no es increíble que tengamos ésta? ¡Es asombroso! Y siempre puede volver a suceder: ¡una y otra, y otra vez más!

Lo que digo, pues, es que el simple hecho de que no sepamos qué hacemos para estar conscientes, cómo nos las arreglamos para hacer crecer nuestro cuerpo y para modelarlo, no significa que no lo hagamos. Igualmente, si uno no sabe de qué manera el universo hace brillar las estrellas, constela las constelaciones o galactifica las galaxias... aunque uno no lo sepa, eso no significa que no

esté haciéndolo, de la misma manera que está respirando sin saber cómo se respira.

Si digo real y verdaderamente que yo soy la totalidad del universo o que este organismo particular y concreto es una «yoificación» efectuada por todo el universo, alguien podría decirme: «Pero ¿quién demonios te crees que eres? ¿Dios? ¿Acaso tú animas las galaxias? *¿Puedes enlazar las mansas influencias de las Pléyades o aflojar las ligaduras de Orión?»* Y yo replico: «¡Quién diablos te crees tú que eres! ¿Puedes decirme cómo haces crecer tu cerebro, cómo das forma a los globos oculares y cómo te las compones para ver? Bueno, pues si no puedes decírmelo, tampoco yo puedo decirte cómo animo las galaxias. Sólo que yo he localizado el centro de mí mismo en un nivel más profundo y más universal de lo acostumbrado en nuestra cultura».

De modo que si la energía universal es el verdadero yo, el verdadero «sí mismo» que se «yoifica» en forma de diferentes organismos en espacios o lugares diferentes, y acontece una y otra vez en momentos diferentes, tenemos en funcionamiento un sistema maravilloso, en el cual es posible estar eternamente sorprendido. El universo es, en realidad, un sistema que continuamente se sorprende a sí mismo.

Muchos de nosotros, y especialmente en esta época de competición tecnológica, tenemos la ambición de llegar a controlarlo todo. Es una ambición falsa porque basta con detenerse a pensar un momento lo que sería, realmente, saberlo todo y controlarlo todo. Supongamos que tuviéramos una tecnología supercolosal capaz de satisfacer nuestros más desaforados sueños de competencia tecnológica, de modo que todo lo que va a suceder fuera conocido y predicho de antemano, y todo es-

tuviese bajo nuestro control. Pero ¡si sería como hacer el amor con una mujer de plástico! No habría ningún elemento de sorpresa, ninguna respuesta imprevista a un contacto, como sucede cuando tocamos a otro ser humano. Entonces se produce una respuesta que es algo inesperado, y eso es, realmente, lo que queremos.

No se puede experimentar la sensación que llamamos de sí mismo a menos que se dé en contraste con la sensación de otro. Es como lo conocido y lo desconocido, la luz y la oscuridad, lo positivo y lo negativo. El otro es necesario para poder sentir el sí mismo. ¿No es ese el arreglo que queremos? Y de la misma manera, ¿no podríamos decir que el arreglo que queremos es no recordar? Recuérdense que la memoria es siempre una forma de control: «Lo tengo presente, te tengo fichado, estás bajo control». Finalmente, uno quiere escapar de ese control.

Si uno sigue recordando, recordando y recordando, es como escribir y seguir escribiendo sobre el mismo papel hasta que ya no queda lugar. ~~La memoria está atiborrada y es necesario borrarla para empezar a escribir en ella de nuevo.~~

Eso es lo que hace por nosotros la muerte: borrar la pizarra y, para verlo también desde el punto de vista de la población y de la especie humana en el planeta, ¡borrarnos! Una tecnología que nos permitiera la inmortalidad individual atestaría progresivamente el planeta de personas irremediabilmente dotadas de memorias superpobladas. Serían como personas que vivieran en una casa donde hubiesen acumulado tantas cosas, tantos libros, tantos floreros, tantos juegos de cubiertos, tantas mesas, sillas y periódicos que ya no quedara lugar para moverse.

Para vivir necesitamos espacio, y el espacio es una especie de nada, como la muerte es una especie de nada: el principio es el mismo. Y al ir poniendo bloques o espacios de nada, espacios de espacio entre los espacios de algo, espaciamos adecuadamente la vida. La palabra alemana *Lebensraum* significa lugar para vivir, y eso es lo que nos da el espacio, y eso es lo que nos da la muerte.

Obsérvese que en todo lo que llevo dicho sobre la muerte no he introducido nada que se pudiera considerar horripilante o fantasmagórico. No he suministrado, sobre ningún punto, ninguna información que el lector ya no tuviera. Tampoco he invocado ningún conocimiento misterioso de ánimas, recuerdos de vidas anteriores ni nada semejante; me limité a hablar del tema en los términos que ya conocemos. Si hay quien cree que la idea de una vida más allá de la tumba no es más que racionalización de la esperanza, se lo concedo.

Demos por sentado que es racionalización de la esperanza, y que cuando hayamos muerto, simplemente no habrá nada. Será el final. Advirtamos, ante todo, que eso es lo peor que hay que temer. Y ¿esto te asusta? ¿Quién se asustará? Supongamos que se acabe: se acaban los problemas.

Pero entonces el lector, si ha seguido mi argumentación, verá que esta nada es algo de lo cual volverá a «rebotar» tal como ya rebotó una vez, cuando nació. Todos rebotamos de la nada. La nada es una especie de rebote porque implica que nada implica algo. Uno vuelve a rebotar todo nuevo, diferente, sin nada para comparar con lo de antes. Una experiencia estimulante.

Tenemos esta sensación de nada tal como tenemos la sensación de nada detrás de los ojos, una nada muy po-

derosa y juguetona, subyacente en todo nuestro ser. No hay nada que temer en esa nada. A partir de esta sensación se puede seguir adelante como si lo que nos resta de vida fuera un regalo, porque ya estamos muertos: sabemos que vamos a morir.

Se suele decir que las únicas cosas seguras son la muerte y los impuestos. Y la muerte de cada uno de nosotros es en este momento tan segura como si hubiéramos de morirnos dentro de cinco minutos. Entonces, ¿dónde está la angustia? ¿Dónde está el problema? Considérate ya como muerto y no tendrás nada que perder. Un proverbio turco dice: «Quien duerme en el suelo no se caerá de la cama». Pues lo mismo pasa con la persona que se considera ya como muerta.

Por consiguiente, virtualmente no eres nada. Dentro de cien años serás un puñado de polvo en el sentido más literal. Está bien; entonces, actúa según esa realidad. Y a partir de eso... nada. Repentinamente, te sorprenderás: cuanto más sepas que no eres nada, tanto más valdrás algo.

Estoy muerto. Soy un
muerto.

VACACIONES,
Tiempo, soledad,
compañía,
reglos,

EL TIEMPO

El tiempo. ¿Qué es el tiempo?

San Agustín de Hipona, cuando le preguntaban qué es el tiempo, respondía: «Sé lo que es, pero cuando me lo preguntáis, no lo sé.» Y sin embargo, es absolutamente fundamental para nuestra vida: «El tiempo es oro.» «No tengo tiempo.» «El tiempo vuela.» «El tiempo se arrastra.»

Creo que debemos cuestionar lo que es el tiempo porque a causa de nuestro habitual sentido común lo consideramos como un movimiento unidireccional que, viniendo del pasado, atraviesa el presente y se prolonga hacia el futuro. Esto lleva aparejada la impresión de que la vida transcurre desde el pasado hacia el futuro, de modo tal que lo que sucede ahora y lo que sucederá luego es siempre el resultado de lo que aconteció en el pasado. En otras palabras, parece que seamos arrastrados, empujados.

En cierta época fue costumbre, en psicología, hablar de los instintos del hombre; de un instinto de supervivencia, un instinto de hacer el amor, y así sucesivamente. Pero en la actualidad la palabra ha caído en desuso y

los psicólogos tienden, en cambio, a usar la palabra «impulso» y a hablar de la necesidad de comer como un impulso, de la necesidad de supervivencia o de contacto sexual como impulsos. Es una palabra muy significativa porque la usan personas que se sienten empujadas. Personalmente, si tengo hambre yo no me siento empujado; si me siento apasionado, no me siento empujado. No me disculpo por tener que comer ni por la necesidad de satisfacer mis impulsos sexuales. Grito: ¡hurra! y me identifico con mis impulsos. Mis impulsos son yo y no tomo ante ellos una actitud pasiva ni me disculpo por tenerlos. Entonces la idea de que somos empujados, como tal, se conecta con la idea de causalidad, de que la vida se mueve bajo el poder del pasado. Es algo que impregna tanto nuestro sentido común que es muy difícil liberarse de ella. Pero yo quiero hacerle dar un giro total, y decir que el pasado es el resultado del presente.

Desde cierto punto de vista, esto es muy obvio. Supongamos, por ejemplo, que este universo se inició con una gran explosión, como creen algunos cosmólogos. Pues bien, cuando sucedió la explosión era el presente, ¿no? Entonces el universo empezó en lo que llamaremos un momento «ahora», y luego ha seguido. Cuando se produjo cualquier suceso de los que ahora llamamos pasados, se produjo en el presente y a partir del presente. Es una manera de verlo.

Pero antes de meternos más en esto quiero llamar la atención del lector sobre una falacia que hay en la idea misma que el sentido común nos ofrece de la causalidad: que los sucesos son causados por sucesos previos, de los cuales fluyen o resultan necesariamente. Para comprender la falacia de esa idea tenemos que empezar por preguntarnos: «¿Qué se quiere decir al hablar de suce-

so?»). Tomemos el suceso de un ser humano que llega al mundo. ¿Cuándo se inicia ese suceso? ¿Será en el momento del parto, cuando efectivamente el bebé sale del cuerpo de su madre? ¿O el niño comienza en el momento de la concepción? ¿O se inicia un bebé cuando no es más que un resplandor en los ojos de su padre? ¿O cuando se generan los espermatozoides en el padre, o los óvulos en la madre? ~~¿Y no se podría decir que un bebé comienza cuando nace su padre o cuando nace su madre?~~ Todas estas cosas pueden ser consideradas como comienzos, pero, a los fines de su inscripción legal, decidimos que una vida comienza en el momento del parto. Pero esto no es más que una decisión puramente arbitraria que tiene validez únicamente porque todos estamos de acuerdo en ella.

Veamos ahora el mismo fenómeno en la dimensión del espacio y ya no en la dimensión del tiempo. Preguntémosnos qué tamaño tiene el sol. ¿Vamos a definir al sol como limitado por la extensión de su fuego? Es una definición posible. Pero igualmente podríamos definir la esfera solar por la extensión que abarca su luz, y cualquiera de las dos opciones sería razonable. Hemos acordado, arbitrariamente, definir al sol por el límite de su masa ígnea visible. Pero en estas analogías se ve que la magnitud de una cosa o la duración de un suceso es simplemente cuestión de definición.

Por consiguiente, cuando mediante una simple definición con fines de entendernos dividimos los acontecimientos en ciertos períodos y decimos que la primera guerra mundial se inició en 1914 y terminó en 1918 (en realidad, todas las cosas que condujeron a la primera guerra mundial se iniciaron mucho antes de 1914, y las repercusiones de esa guerra continúan mucho después de

1918), de alguna manera nos olvidamos de que lo hacemos. Y nos encontramos ante el enigma: «¿De qué manera un suceso conduce a otro?».

En realidad no hay sucesos separados. La vida fluye como el agua, todo está interconectado como la fuente del río está conectada con la desembocadura y con el océano. Todos los sucesos o las cosas que pasan son como remolinos en una corriente. Hoy vemos un remolino y mañana vemos un remolino en el mismo lugar, pero no es el mismo remolino, porque el agua cambia de segundo en segundo.

Lo que sucede no es realmente algo que podamos llamar un remolino, sino más bien un remolinear. Es una actividad, no una cosa. Y de hecho, a todas las supuestas cosas se las podría llamar sucesos. A un edificio podemos llamarlo «edificar», a una alfombra, «alfombrar», e incluso a un gato podríamos llamarlo «gatear». Entonces podríamos decir: «El “gatear” se tendió en el “alfombrar”». Y con ello tendríamos un mundo en el cual no habría cosas, sino sucesos. Para dar otro ejemplo: una llama es algo de lo cual decimos que está en la vela. Pero sería más correcto decir: «Hay un “flamear” en la vela», pues una llama es una corriente de gases calientes.

Demos otro ejemplo divertido. «Puño» es un nombre, y un puño parece una cosa, pero ¿qué sucede con el puño cuando abro la mano? Antes estaba «puñando», ahora estoy «manando».* Es decir que todo aquello que llamamos cosa puede ser enunciado en términos de suceso, y como los sucesos fluyen unos en otros, el «pu-

* Vuelva a recordar el lector que la flexibilidad idiomática del inglés permite estos juegos que en castellano van en contra de la índole de la lengua (*N. de la T.*)

ñar» fluye en el «manar», no podemos decir exactamente dónde termina el uno y comienza el otro.

O sea que no necesitamos de la idea de causalidad para explicar de qué manera un suceso anterior influye en uno que le sigue. Considerémoslo de esta manera: supongamos que estoy mirando por una estrecha rendija en una cerca y pasa una serpiente. Como es la primera vez que veo una serpiente, me parece algo misterioso. A través de la cerca veo primero la cabeza de la serpiente, después un largo cuerpo que se arrastra, y finalmente la cola. Después, la serpiente da la vuelta y pasa otra vez. Entonces veo primero la cabeza, y después de un intervalo la cola. Ahora bien, si considero la cabeza como un suceso y la cola como otro, me parecerá que el suceso «cabeza» es la causa del suceso «cola», y que la cola es el efecto. Pero si miro la serpiente entera veré una serpiente con cabeza y cola y sería simplemente absurdo decir que la cabeza de la serpiente es la causa de la cola, como si la serpiente empezara por ser cabeza y después cola. La serpiente empieza saliendo del huevo como serpiente con cabeza y cola. Y, exactamente de la misma manera, todos los sucesos son en realidad un suceso. Cuando hablamos de sucesos diferentes estamos mirando diferentes sectores o partes de un acontecer continuo.

Por ende, la idea de sucesos separados, que es menester vincular mediante un proceso misterioso llamado de causa y efecto, es completamente innecesaria. Pero como siempre hemos pensado así, pensamos que los sucesos presentes son causados por los sucesos pasados. y tendemos a considerarnos como «marionetas» del pasado, empujadas por algo que está siempre detrás de nosotros.

Es muy fácil superar esta impresión. Empezaremos con un experimento de meditación: contactar con el mundo mediante los oídos. Si cerramos los ojos y establecemos contacto con la realidad solamente por el oído, caeremos en la cuenta de que todos los ruidos que oímos provienen del silencio. Es curioso, claro, eso de oír todas las realidades, todos los sonidos, surgiendo súbitamente de la nada. Uno no ve razón alguna para que empiecen; aparecen, simplemente, y después se deshacen en ecos, perdiéndose por esos corredores de la mente que llamamos memoria.

Ahora, si uno abre los ojos es un poco más difícil ver esto, porque a diferencia del oído, los ojos suenan estáticamente o, mejor dicho, ven estáticamente. A los ojos todo les parece silencioso, pero hay que entender que el mundo que miramos está vibrando. Todas las cosas materiales vibran, y están vibrando hacia nosotros de la misma manera que el sonido vibraba en nuestros oídos. Dicho de otra manera. el mundo actual que vemos es una vibración proveniente del espacio, tal como el sonido proviene del espacio. Viene de la nada, directamente hacia nosotros, y se pierde en ecos en el pasado.

De manera que en realidad el curso del tiempo se parece mucho al curso de un barco en el océano. El barco deja tras de sí una estela, y la estela se desvanece y nos dice dónde ha estado el barco exactamente de la misma manera que el pasado y nuestro recuerdo del pasado nos dicen lo que hemos hecho. Pero a medida que retrocedemos en el pasado, volviendo más y más hacia la prehistoria, y que nos valemos de toda clase de instrumentos y de métodos científicos para detectar lo que sucedió, terminamos por llegar a un punto donde todo registro del

pasado se desvanece exactamente de la misma manera que la estela de un barco.

Ahora bien, en este ejemplo lo importante es recordar que la estela no impulsa al barco, como la cola no menea al perro. La potencia, la fuente de la estela, está siempre en el barco mismo, que representa el presente. No se puede insistir en que la estela impulsa al barco. Se puede trazar el curso del barco sobre papel milimetrado y calcular un rumbo estudiando los cuadrados por donde éste ha efectuado su recorrido para predecir hacia dónde se dirigirá después. Eso nos daría cierto rumbo hacia donde va el barco, y podríamos decir: «Como podemos deducir el rumbo a partir del recorrido que ya ha hecho el barco, podemos decir hacia dónde va y, por ende, nos inclinamos a pensar que los lugares en donde ha estado determinarán el lugar hacia donde ha de ir». Pero en realidad no es ése el caso. El lugar donde ha estado no está determinado por el lugar adonde irá, sino por donde va yendo. Para decirlo con más exactitud, donde ha estado no determina dónde va; donde va determina dónde ha estado.

Si uno insiste en que su presente es el resultado de su pasado, es como una persona que condujera su coche mirando siempre por el espejo retrovisor. Entonces no esta, por así decirlo, abierta hacia el futuro; está siempre mirando hacia atrás por encima del hombro para descubrir qué es lo que tiene que hacer. Esto es algo absolutamente característico de nosotros, y por eso a los seres humanos se les hace difícil aprender y adaptarse a situaciones nuevas. Porque estamos siempre buscando precedentes, autoridades del pasado para lo que se espera que hagamos ahora, tenemos la impresión de que el pasado es importantísimo hasta lle-

gar a ser el factor determinante de nuestro comportamiento.

Pero no hay nada de eso. La vida, la creación, emerge de nosotros ahora. En otras palabras, no hay que buscar la creación allá atrás, al comienzo de donde la estela se desvanece. No busquemos la creación del universo en algún lejanísimo momento del tiempo que quedó a nuestras espaldas. La creación del universo es ahora, en este mismo instante. ¡Aquí es donde todo comienza! Y desde aquí se va alejando y termina por desvanecerse.

Ciertamente, tenemos un método de pasar la pelota en todo asunto que implique responsabilidad, diciendo: «Bueno, el pasado es responsable por mí». Por ejemplo, si tenemos que vérnoslas con un niño difícil, es probable que digamos: «Pues bien, démosle una paliza y tal vez cambie». Pero después reflexionamos: «No, castigarle sería una injusticia con él porque la culpa es de sus padres, que no le educaron bien». Pero los padres dirán: «Un momento, es que nuestros padres también eran neuróticos y nos educaron tan mal que no pudimos evitar lo que hicimos». Y como los abuelos han muerto ya no podemos recurrir a ellos, y si pudiéramos terminaríamos por pasar todo el fardo a Adán y Eva. «Ellos empezaron todo este lío», diríamos. Pero entonces Eva nos respondería: «No, la serpiente me tentó y comí». Entonces, ¡la culpa era de la serpiente!

Cuando Dios preguntó a Eva: «¿Has comido del árbol de que yo te mandé que no comieses?», ella contestó: «La serpiente me engañó, y comí». Y Dios miró a la serpiente, pero ésta no se disculpó. Probablemente le hiciera un guiño, porque como la serpiente era un ángel, tenía la sabiduría necesaria para saber dónde comienza el presente.

Así pues, si uno insiste en que está movido y determinado por el pasado, allá él. Pero el nudo del asunto es que todo empieza en este mismo momento. Lo que pasa es que nos gusta establecer una conexión con el pasado porque eso da a los demás la impresión de que somos gentes cuerdas. A uno le preguntan, por ejemplo, por qué hace algo. Pues bien, es una pregunta ridícula. Los niños descubren que para irritar a sus padres, siempre pueden salir con un «por qué» después de cualquier respuesta a una pregunta. «¿Por qué brilla el sol?», pregunta el chiquillo, y obtiene una explicación astronómica. «Ah, ¿y por qué se genera calor nuclear en los cuerpos celestes?» «Bueno, porque éstos alcanzan una masa crítica» «¿Y por qué alcanzan una masa crítica?» Y así se puede seguir y seguir preguntando, hasta que papá dice: «Bueno, cállate la boca y cómete el caramelo».

«¿Por qué?» es una pregunta que, como se puede repetir interminablemente, jamás conduce a respuestas interesantes. Si me preguntan, entonces, «por qué» estoy diciendo esto, podría contestar: «Porque así me gano la vida, o porque tengo un mensaje que quiero transmitir». Pero ésa no es la razón. Estoy hablando por la misma razón que los pájaros cantan o que brillan las estrellas. Porque me gusta. ¿Por qué me gusta? Podría seguir respondiendo toda clase de preguntas referentes a la motivación y la psicología humana pero sin llegar a explicar nada, porque explicar las cosas por el pasado es, en realidad, negarse absolutamente a explicarlas. Lo único que se hace es posponer la explicación, demorarla y seguir demorándola sin explicar nada.

Lo que explica las cosas es el presente. ¿Por qué lo haces ahora? Ahora bien, esto es un pequeño engaño, porque tampoco así se explica nada; pues lo que acon-

tece ahora, como el sonido sale del silencio, sale de ninguna parte. Toda la vida emerge súbitamente del espacio... ¡Zas! ¡En este mismo instante!

Y volver a preguntar por qué acontece es una cuestión inútil, porque lo interesante no es el por qué, sino el qué. Qué acontece, no por qué acontece. Puedo decir que ahora estoy haciendo esto porque antes hice aquello. y ofrezco así a mi interlocutor una línea de pensamiento continua; pero en realidad lo estoy haciendo hacia atrás. Estoy haciéndolo siempre a partir de ahora y conectando lo que hago ahora con lo que ya hice, de manera que mi interlocutor pueda percibir un relato congruente.

Otra cosa interesante respecto de todo esto es que se puede demostrar de que manera el presente cambia el pasado. Tomemos, por ejemplo, el orden de las palabras. Las palabras se enhebran unas tras otras, tal como pensamos que se enhebran unos tras otros los sucesos en el tiempo, y se puede cambiar una palabra pasada por la acción de una palabra futura. Si digo (citando un verso del poeta Thomas Hood): «*They went and told the sexton, and the sexton tolled the bell*»,* no sabemos lo que significa el primer *told* mientras no nos hablan del sacristán, ni sabemos lo que significa el segundo *tolled* hasta llegar a la palabra «campana». Es decir que el suceso siguiente cambia el significado del primero. También se puede decir, por ejemplo, «el lecho del enfermo», y la palabra «lecho» tiene cierto significado. Pero si digo «el lecho del río», la segunda palabra ha cambiado el significado de la primera.

* «Fueron a contárselo (*told*, pronunc. tould) al sacristán, y el sacristán tañó (*tolled*, pronunc. tould) la campana».

Y así, de esta manera, al escribir la historia descubrimos que hacerlo es verdaderamente un arte. El historiador asigna una significación nueva a los sucesos pasados, y en ese sentido cambia la historia. Cambia el significado de los hechos tal como cambiábamos el significado de una palabra anterior con la palabra siguiente, diciendo: «*They went and told the sexton, and the sexton tolled the bell*».

De esta manera se puede llegar a una curiosa liberación de lo que los hindúes y los budistas llaman *karma*. La palabra *karma*, en sánscrito, significa hacer, acción. *Karma* proviene de la raíz *kri*, que significa simplemente «hacer». Cuando me acontece algo como un accidente o una enfermedad, un budista o un hindú diría: «Vaya, era tu *karma*». Dicho de otra manera, uno recoge, en un momento posterior, las desafortunadas consecuencias de algo que ha hecho en el pasado. Pero ése no es el verdadero significado de *karma*; *karma* no significa causa y efecto. Significa simplemente hacer. En otras palabras, que uno está haciendo lo que le acontece. Y eso, por supuesto, depende de la forma en que definamos ese «uno». Pensemos, por ejemplo, en la respiración; ¿es algo que hago o es algo que me acontece? El crecimiento de mi pelo: ¿es algo que hago o es algo que me acontece? Se puede ver de cualquiera de las dos maneras. Estoy enfermado o estoy siendo destruido en un accidente; si me defino como la totalidad del campo del suceder, como el campo organismo-medio que es mi verdadero yo, entonces se puede decir que todas las cosas que me acontecen las hago yo. Y ése es el verdadero sentido del *karma*.

Pero cuando hablamos de liberarnos del *karma*, de liberarnos de ser marionetas del pasado, eso implica sim-

plemente un cambio en nuestra manera de pensar. Implica liberarse del hábito intelectual en virtud del cual nos definimos como el resultado de lo que ha pasado antes. Y nos instalamos en cambio en el hábito intelectual, más plausible y razonable, por el cual no nos definimos en función de lo que hemos hecho antes, sino en función de lo que estamos haciendo ahora. Lo cual equivale a liberarnos de la situación ridícula de ser un perro meneado por su cola.

Ver algo por lo útil
que pueda ser. Utilitarismo
no se destaca el ser
y la payasita

NATURALEZA DEL HOMBRE

Para decir sus oraciones los tibetanos usan un cilindro de madera montado sobre un eje. Se sientan cómodamente y lo hacen girar con muy poco esfuerzo, y esa especie de rueda de oraciones recita sus plegarias por ellos, que durante ese tiempo se relajan. Los occidentales lo consideran como una superstición, un mero ritual pagano. No requiere ningún gran esfuerzo; no es como un trabajo ni como un deber, ni tampoco es expresión de humildad ni de indignidad. Cualquier niño se divertiría haciéndolo. Es algo curioso y fascinante.

En cuanto a mí, me gusta la arquería; no para matar algo, sino como deporte. Lo que más me gusta es soltar una flecha como se deja en libertad un pájaro. Se eleva muy alto en el cielo y después, súbitamente, vira y cae.

¿Qué es lo que nos fascina en esas cosas? Lo que nos encanta en ellas es que no son útiles. Con nada de eso se logra algo que podamos considerar trabajo intencional; es simplemente lo que llamamos juego. Pero en nuestra cultura establecemos una división sumamente rígida entre trabajo y juego. La idea es que uno tiene

que trabajar y ganar el dinero suficiente para que le quede el suficiente tiempo libre para algo totalmente diferente a lo que se llama «divertirse» o jugar.

Nada hay más ridículo que esa división. Todo lo que hacemos, por arduo y agotador que sea, puede ser convertido en un juego del mismo tipo que arrojar una flecha al cielo o hacer girar una rueda de oraciones. Tomemos, por ejemplo, la situación en que me encontré hace algún tiempo: iba en el metro de Nueva York hacia la calle Cincuenta y nueve, cerca de Columbus Circle, y quería hacerme limpiar los zapatos. (En realidad nunca me pongo zapatos, a no ser en la Costa Este, donde hay que vestirse respetablemente. En la Costa Oeste uso mocasines indios, porque es el único calzado cómodo que puedo llevar.) Encontré un lugar para hacerme limpiar los zapatos y allí había un negro que convertía su oficio en un verdadero arte. Usaba la franela y los cepillos para marcar un ritmo. Se dedicaba a limpiar zapatos con la misma fascinación que uno pone en disparar una flecha o hacer girar una rueda de oraciones. Imagínese el lector que fuera conductor de autobús. Por lo común, consideramos que un conductor de autobús es una persona continuamente atormentada. Tiene que estar atento a todas las reglamentaciones, al resto del tráfico, a la gente que sube al vehículo y paga su billete, y tiene que darles cambio. Y si la idea que tiene en la cabeza es que eso es su trabajo, puede ser realmente infernal. Pero supongamos que el hombre tiene algo diferente en la cabeza; supongamos que tiene la idea de que mover ese enorme armatoste a través de toda la complicación del tráfico es un juego muy, muy sutil, algo que le da la misma sensación que podríamos tener nosotros tocando la guitarra o bailando. Entonces, ese hombre va

por en medio del tráfico evitando esto y esquivando lo otro y cobrando los billetes, y lo hace todo como si tocara música. Con toda seguridad, no estará cansado cuando termine el día; cuando acabe su trabajo, estará lleno de energía.

Imaginemos a una mujer condenada a ser ama de casa, la más baja de todas las ocupaciones, y que tiene que limpiarlo todo. No hay más que cuatro cuestiones filosóficas fundamentales. La primera es: «¿Quién empezó?». La segunda es: «¿Vamos a hacerlo?». La tercera es: «¿Dónde lo ponemos?» y la cuarta: «¿Quién lo limpia?». Y esta última, la limpieza, es la más baja de todas las ocupaciones, la del ama de casa que friega los platos y la del basurero que se lleva los desperdicios. Supongamos que, al ponerse a limpiar, el ama de casa enfoca la tarea de lavar los platos con un ánimo enteramente diferente. Y no se vaya a pensar que soy una especie de machista empeñado en convencer a las mujeres de que se queden donde están. Yo también estoy perfectamente dispuesto a fregar platos, porque el arte de fregarlos está en que solamente hay que fregar uno cada vez. Si uno tiene que hacerlo día tras día, verá mentalmente una pila enorme de platos inmundos que ya ha fregado en los años pasados y una enorme pila de platos inmundos que le tocará fregar en el futuro. Pero si se ubica mentalmente en la realidad, que no es más que ahora, el lugar donde estamos, no tiene que lavar más que un plato; es el único plato que tendrá que lavar jamás. Se puede ignorar todo el resto, porque en realidad no hay pasado ni hay futuro. No hay más que ahora. Conque, a lavar este plato. Y en vez de pensar si lo habré fregado realmente como me enseñó mi madre, procuremos convertir el movimiento de fregar en una danza, me-

cernos junto con el plato, dejar que corra sobre él el agua para enjuagarlo y ponerlo en el escurridor: todo respondiendo a un ritmo.

Cuando yo era pequeño e iba a la escuela, en Inglaterra, tenía que aprender piano. En inglés no se, habla de «tocar», sino de «jugar al piano», pero de hecho, me decían que «debía» jugar. También teníamos en Inglaterra otros juegos obligatorios. En el tablero de anuncios de la escuela solían fijar notas que decían, por ejemplo: «Esta tarde todos los alumnos saldrán a correr». Y si tú no salías a correr y te descubrían... pues, ¡te azotaban! Así que a todos nos fastidiaba correr porque estábamos bajo la obligación de jugar. Es como el juego mismo de la vida, en que estamos metidos; no es más que un juego, pero todo el mundo tiene que participar en él.

Recuerdo un día que estaba corriendo e intentaba divertirme, corriendo casi de puntillas sobre las puntas de los pies, como si bailase. Detrás de mí venía un chico que iba corriendo sobre los talones, haciendo trote con un estrepitoso clanc-clanc-clanc-clanc. «¿Qué te pasa? -le pregunté-. Vas corriendo sobre los talones y se te sacude continuamente todo el cuerpo». Él se encogió de hombros, siguió con su estilo y se convirtió en el campeón de fondo de la escuela. Pero no se divertía, ¡trabajaba! Lo único que le divertía era el sufrimiento que aguantaba; le daba la sensación de que realmente había aportado algo a la humanidad al sufrir tanto. Identificaba su existencia y su valor con su sufrimiento. Pero los corredores que realmente valen danzan al correr. Y no siguen necesariamente una línea recta; puede ser ondulante. Un gran ejemplo de esto se produjo en 1970 cuando se jugó el Campeonato Mundial de Fútbol. El equipo

ganador fue el de Brasil, integrado casi totalmente por negros, que jugaban al fútbol de la manera más extraordinaria: como si fuera baloncesto. El fútbol, tal como me lo enseñaron en la escuela cuando era niño, era un juego muy, muy formal y ordenado, que en realidad no nos divertía. Pero estos tíos rechazaban la pelota con los hombros, con cada músculo; su trabajo de equipo era pasmoso y, al mismo tiempo, danzaban. El cronista deportivo del *London Times* dijo: «Llegaron danzando a la victoria». De manera que lo importante es que todo lo que uno tenga que hacer, puede hacerlo con este espíritu. Sin establecer ninguna división entre trabajo y juego y sin imaginar ni por un minuto que haya que tomárselo en serio.

Tomemos, por ejemplo, al resto del mundo y no ya a nosotros mismos, y pensemos un momento: ¿Qué hacen las plantas? ¿A qué viene todo eso de las plantas? Sirven a los seres humanos porque son decorativas, pero, desde el punto de vista de ellas, ¿qué es eso? Es consumir aire, es consumir energía. En realidad no es hacer nada más que ser ornamental. Y con todo, aquí está la totalidad del mundo vegetal, cactus, árboles, rosas, tulipanes, verduras como la col, la lechuga, el apio... todos danzando esta danza. Y ¿a qué viene todo eso? ¿Por qué lo hacen? Bueno, decimos, hay que vivir. Es necesario sobrevivir. Sabes, realmente hay que seguir adelante. Es tu deber, tu deber para con tus hijos. Y si uno educa de esa manera a sus hijos y les dice que deben estar agradecidos porque cumplimos con nuestro deber para con ellos, también ellos aprenderán a criar a sus hijos de la misma manera... y todo el mundo andará deprimido. En realidad no hay necesidad de seguir viviendo. Este impulso de supervivencia es parte de la filosofía occiden-

tal. Debemos seguir viviendo porque alguna especie de gran papá nos dijo: «Tienes que seguir viviendo, ¿entiendes? Y más vale que te empeñes, porque si no...». Pues bien, el temor de la muerte es completamente absurdo, ¡porque si estamos muertos, no tenemos nada de qué preocuparnos! Estoy segurísimo de que esta planta no se dice que tiene que seguir viviendo. Y nosotros, lo mismo que ella, tenemos un instinto de supervivencia que es muy distinto de nosotros mismos y al que tenemos que obedecer.

Yo no pienso en mis instintos como «impulsos», que es el término psicológico que se usa actualmente para designarlos. Pienso que mis instintos son yo mismo. No digo: «Discúlpame, pero desgraciadamente tengo deseos de reproducirme; hazme el favor de avenirte a ellos», ni me disculpo diciendo que lamento mucho tener necesidad de comer. Lo que digo es: «¡Viva! Yo soy este deseo de hacer el amor y estas ganas de comer». No es que haya otra cosa que ande empujándome; soy yo. Y no es nada que tenga que seguir. Si eso hubiera de detenerse, si yo tuviese que morir, habría una escena diferente; sería una forma diferente de la danza.

Si algo me duele, la gente me dice que no grite y no llore. Pero gritar y llorar son reacciones perfectamente naturales ante el dolor. Cuando nace un bebé, le cortan el cordón umbilical, alguien le da una palmada en el trasero y el bebé llora. Es la primera cosa del mundo. En el budismo zen hay un *koan* que dice que, cuando nació, el Buda se puso súbitamente de pie y anunció: «Por encima de los cielos y por debajo de los cielos, soy yo el único a quien el mundo rinde honores». Cualquiera diría que es una forma de expresarse sumamente orgullosa. De manera que éste es uno de los problemas que se

plantea a los estudiantes del budismo: ¿Cómo podía ser que, de niño, el Buda fuera tan orgulloso como para formular un enunciado tan pomposo en el momento de nacer? Y si uno entiende correctamente el problema, llora como un recién nacido, porque ésa es la reacción perfectamente natural ante el doloroso suceso de nacer en este mundo. Pero después decimos: «Nene, no llores. ¡Cállate!». Y por ende suprimimos en los seres humanos la forma de descarga natural ante el problema del dolor. Si algo te duele, llora. Y si no puedes hacerlo, entonces el dolor es tu problema. Pero para quien puede llorar, para quien puede soltarse de esa manera, el dolor no es problema. Y si a uno le da escalofríos la muerte, la idea de la muerte, la idea de no seguir estando aquí, pues que acepte esos escalofríos y los entienda. ¿No es curioso? En realidad, ¡son escalofríos de deleite!

De modo que todas estas emociones que tenemos, rigidez, terror, escalofríos, horrores, pueden ser interpretadas de otras maneras. Pero las interpretamos de manera negativa en tanto que seguimos sometidos a la sensación de que debemos, absolutamente, seguir viviendo. Ahora bien, vivir es algo espontáneo. En chino, «naturaleza» se dice *ch'i lan*, que significa aquello que acontece por sí mismo. no bajo el control de alguna entidad externa. Y los chinos sienten que el mundo entero está aconteciendo por sí mismo, que es espontáneo. Y que uno detiene en seco este florecimiento espontáneo de la naturaleza si le dice que debe hacerlo. Es como decir a alguien: «Debes amarme». Es simplemente ridículo. Si al preguntarle yo si realmente me ama, mi mujer me respondiese: «Me esfuerzo todo lo posible», no sería ésa la respuesta que quiero. Lo que quiero es que me diga: «Me es imposible no amarte. Te amo tanto que te co-

mería». Y eso es lo que siente la planta al crecer. No siente que debe crecer; no lo hace obedeciendo órdenes. Lo hace espontáneamente, de manera que cuando intentamos regir ese proceso espontáneo, lo detenemos.

En la India hay una creencia según la cual, si uno piensa en un mono mientras toma una medicina, ésta no será eficaz. La próxima vez que el lector tome sus vitaminas o cualquier píldora, procure no pensar en un mono. Trabará completamente el proceso espontáneo y éste no funcionará. Eso sucede con todas las cosas que decimos a nuestros hijos, al estilo de: «Debes ir de vientre todos los días después del desayuno»; «intenta dormirte, tesoro»; «deja de hacer pucheros y pon mejor cara»; «oh, te has ruborizado». Son cosas que nos hacen sentirnos culpables, son intentos de expresar una única cosa: «Mi querido pequeño, te exigimos que hagas lo que sólo es aceptable si se hace voluntariamente». A causa de esto, todo el mundo anda completamente despistado porque lo que intentamos es conseguir forzosamente comportamientos auténticos. Todos admiramos a los artistas: decimos que son tan espontáneos, tan naturales, que dan la impresión de bailar, pintar, hablar o tocar el piano sin esfuerzo. Claro que todo eso ha requerido muchísimo trabajo, pero si uno es un gran artista, los períodos de práctica no le servirán de nada a menos que sean para él motivo de placer. Hay que llegar al punto en que la continua repetición se convierte en una danza.

Uno de mis amigos es un gran músico hindú. Su técnica para tocar un instrumento llamado *sarod* –semejante a una guitarra hindú, pero sumamente complicada– es realmente extraordinaria. Mi amigo se llama Ali Akbar Khan y se le reconoce generalmente como el músico más importante del norte de la India. Una vez me dijo

que la comprensión de la música reside en entender una sola nota. Él puede pasarse horas y horas sentado, trabajando solamente con una nota. Se mete en esa nota y escucha, pero escucha realmente, metiéndose en el sonido. Simplemente, no le importa que le lleve mucho tiempo, tener que hacerlo durante muchas horas, porque está completamente absorto en escuchar el sonido que produce. Está armonizado con esa vibración, tal como puede estarlo quien salmodia, en yoga, el OM. Se puede repetir el OM durante horas y sentirse absolutamente fascinado por la vibración, de la misma manera que a mí me fascina disparar una flecha hacia el cielo. Ahora bien, ¿qué es esto? Es el auténtico secreto de la vida: estar completamente entregados a lo que estamos haciendo en el aquí y ahora. Y, en vez de darle el nombre de trabajo, comprender que es un juego.

En la filosofía hindú se considera que la creación entera es el *Vishnú Lila*, el juego de Vishnú. *Lila* significa danza o juego. También en la filosofía hindú se considera al mundo una ilusión; y en latín, la raíz de la palabra «ilusión» es *ludere*, jugar. Todo lo que sucede, el girar del molino de oraciones, el ritmo con que crecen las flores, no es más que el vivir. Y si nos lo tomamos en serio y preguntamos: «¿Estás haciendo algo útil?», hay que volver a preguntar: ¿Útil para qué? ¿Para seguir? Pero si uno tiene que ser útil para seguir, seguir se convierte en un opio, la supervivencia en un esfuerzo que no vale la pena. Y si enseñamos esto a nuestros hijos, ellos nos imitarán y verán la supervivencia como una ardua prueba que tienen que sobrellevar. Tienen que seguir y seguir, y se lo enseñarán a sus hijos, y todo el porvenir de la raza humana será un opio; que es en lo que, de hecho, se ha convertido por obra de esta actitud.

Y tal es la razón de que hayamos inventado la bomba atómica y de que estemos preparándonos para suicidarnos. Pensamos que debemos acontecer y, en la medida en que lo pensamos como un deber, lo aborrecemos y nos disponemos a ponerle término, a detenerlo.

De manera que sugiero sinceramente (estoy hablando contigo, lector, no predicándote) lo que dijo una vez G. K. Chesterton: «Los ángeles vuelan porque se toman a la ligera. Mucho más que quien es Señor de los Ángeles. El mundo entero es *three for a penny, three for a pound, it's love that makes the world go round*». * O, con palabras del Dante:

*Con mis alas, tan alto no volaba,
cuando mi mente nueva luz hería,
en que su voluntad se condensaba:
faltó la poderosa fantasía;
mas movió, como rueda por sus huellas,
deseo y voluntad, en armonía,
el Amor, que al Sol mueve y las Estrellas.*

Final del Canto XXXIII, «El Paraíso».

Cuando yo era niño, en Londres, solía encantarme visitar el Museo Británico. En las inmediaciones del museo había multitud de tiendas antiguas, algunas de las cuales se remontaban a fines del siglo XVIII. En el escaparate de una de ellas, una inscripción anunciaba que vendían instrumentos filosóficos. Aunque me hubiera ido en ello la vida, no conseguía imaginar qué podían ser los

* «...tres por un penique, tres por una libra, es el amor lo que hace girar al mundo». La rima se pierde en la traducción (*N. de la T.*)

instrumentos filosóficos. Pensaba que los filósofos eran simplemente personas que se sentaban a pensar y que no tenían necesidad alguna de instrumentos especiales. Pero cuando me acerqué a la tienda descubrí que lo que tenían en el escaparate eran telescopios, reglas de cálculo, cronómetros y toda clase de lo que, en la actualidad, llamamos instrumentos científicos, porque el nombre originario de la ciencia era «filosofía natural». Un filósofo es una persona a quien todo le despierta la curiosidad. Siente curiosidad no sólo por asuntos teóricos, sino también por lo que llamaremos asuntos prácticos. Y en este sentido, exactamente, me considero filósofo. Aparte de interesarme por los estados modificados de conciencia, por los problemas de la muerte, del tiempo y del espacio, me interesan también cosas a las que se podría llamar terrenas, tales como la comida, la ropa, la vivienda, los problemas de ecología y de población, porque todo eso es parte de la filosofía o curiosidad natural.

Algo que nos dice mucho respecto de nuestra sociedad, de nuestra naturaleza, es la ropa, la vestimenta. En este momento visto lo que se ha convertido en el atavío oficial masculino del mundo entero: un traje de calle. Proveniente de Inglaterra, popularizado en los Estados Unidos, adoptado por japoneses, indonesios, indios, persas y árabes, por toda la superficie de la tierra se tiende ahora a vestir así, con esta especial forma de atuendo derivada de los uniformes militares. Observaréis que la americana tiene botones en la manga. Pues bien, para qué suponéis que son? No sirven para cerrar nada.

Originariamente, en los uniformes de los cuales provienen nuestras americanas había una hilera de botones en la manga, que se usaban en los uniformes militares o en los del personal de servicio para que quienes los lle-

vaban no pudieran limpiarse las narices con las mangas. Además, la americana tiene esas curiosas solapas, que sabe Dios a qué propósito servían. A veces la gente se las levanta, en un intento de protegerse de la lluvia, pero en realidad no son muy eficaces. También hay que usar camisa y estrangularse con la corbata, aparte de que hay que llevar pantalones; y los pantalones ingleses son una vestimenta siniestra para los hombres. Las mujeres chinas usan pantalones; los hombres de antaño, antes de la época de Mao Tse Tung, llevaban faldas. Los pantalones son una prenda adecuada para mujeres bien formadas; para los hombres no, porque son castradores y sumamente incómodos, especialmente si uno quiere sentarse en el suelo. Si uno lleva traje de calle y quiere estar cómodo, invariablemente tiene que sentarse en una silla; si no, los pantalones se le deformarán en las rodillas. Además, la americana y la camisa son muy difíciles de doblar cuando hay que ponerlas en una maleta. El problema del traje de calle es que está hecho para adaptarse a los contornos del cuerpo. Tiene que estar cortado para destacar la silueta, lo cual está muy bien ¡si uno es delgado! Otro problema es cómo se sostienen los pantalones. Yo aún sigo usando cinturón, pero ya veo venir el momento en que tenga que usar tirantes, una especie de sistema de poleas que es una incomodidad más... y peor. No termino de asombrarme de que en todo el mundo los hombres se resignen a ese uniforme funerario y aburrido que les da a todos aspecto de sacerdotes y de empresarios de pompas fúnebres, cuando podrían andar mucho más cómodos. Se podría andar igualmente cómodo, igualmente correcto y no menos decoroso con un kimono japonés, prenda que en Japón los hombres ya no usan tanto como hace cincuenta años.

El quimono es una de las prendas más extraordinarias que se hayan ideado jamás. Para empezar, es completamente cómodo. Con un quimono uno se siente absolutamente relajado; nada le molesta por ninguna parte. Tiene mangas de una capacidad tremenda, que son como inmensos bolsillos en los cuales se puede poner cualquier cosa: la cartera, la pipa y el tabaco o los cigarrillos, el dinero, todo lo que se quiera. Con un quimono va muy bien llevar un abanico, y cuando hace demasiado calor, uno puede abanicarse. También hay una prenda exterior, llamada *haori*, que es en realidad una chaqueta para cuando el tiempo está más fresco y para ocasiones más formales. Si te quitas el *haori*, simplemente usas lo que tienes debajo, lo mismo de antes, con sus grandes mangas como enormes bolsillos. El quimono tiene una peculiaridad y es que está cortado en trozos de tela rectangulares. El corte no está pensado para adaptarse al cuerpo humano; la tela es naturalmente rectangular por ser un material tejido con una urdimbre perpendicular y la trama horizontal.

Ahora bien, esta forma de diseño permite que el corte de la ropa no altere la naturaleza rectangular de la tela. Con ella, no intentamos darle ninguna configuración que la obligue a adaptarse a las curvas del cuerpo humano. Pero lo curioso es que, si honramos y respetamos de tal manera la naturaleza de la tela, ella respeta la nuestra. Porque si uno se pone encima una tela rectangular, ésta cae en pliegues que confieren a su portador una especie de dignidad natural. Cuando la tela se adapta al cuerpo, uno empieza a parecerse cada vez más a un mono. Pero cuando permitimos que la tela caiga sobre nosotros siguiendo su propia naturaleza, nos parecemos cada vez más a príncipes. Tal es el principio

esencial de la vestimenta japonesa; y sin embargo, los japoneses han empezado a abandonarla. Pregunté por qué a uno de ellos, y lo primero que me dijo fue: «Bueno, si vas con quimono es imposible correr detrás de un autobús». ¡Y es perfectamente cierto! Con esa prenda no se puede correr; hay que andar con calmada dignidad, y me parece que eso nos haría mucho bien. No creo que ninguna persona que se respete deba correr jamás detrás de un autobús; lo que necesitamos más que ninguna otra cosa es desacelerarnos y llegar a pasearnos por la vida en lugar de pasar por ella a la carrera. Por consiguiente, considero que, si los hombres la adoptaran como vestimenta común, esta prenda tendría un efecto enormemente benéfico sobre la civilización occidental. Andaríamos mucho más cómodos y nos sentiríamos más sueltos y más dignos. Yo uso quimono constantemente.

El quimono que se usa en circunstancias normales se llama *yukata*. Es un quimono de algodón, que el hombre de negocios japonés se pone al regresar a casa. Pero antes se da un baño muy caliente en una enorme bañera donde cabe, prácticamente, toda la familia junta. Es una institución estupenda, y lo primero que se hace al volver a casa del trabajo. Uno no se lava en la bañera, sino que saca agua de ella con un cubo y se la echa encima, para después jabonarse y enjuagarse; entonces se instala en la bañera, entre nubes de vapor, a fumar un cigarrillo mientras conversa con toda la familia. Es el baño más sensacional del mundo. Terminado el baño, el japonés se pone el *yukata*. Es perfectamente admisible salir a pasear por la calle, al atardecer, ataviado con este tipo de quimono. El *yukata* de verano está hecho de algodón, pero cuando hace frío, se usa uno de seda acolchada, llamado *penzen*. El quimono se puede llevar con

un cinturón llamado *obi*. Los que usan los hombres van decorados con motivos ornamentales estampados en los extremos, pero el *obi* de las mujeres es mucho más rígido, está hecho de una seda sumamente pesada y es mucho menos cómodo. Yo, que como escritor que soy hago la mayor parte de mi trabajo en casa, uso casi continuamente un quimono; es una prenda sumamente cómoda para hombres, no se siente uno constreñido y los bolsillos son muy prácticos. Al observar que el cinturón se ata en un elegante moño a la espalda, y que el quimono se lleva sin pantalones, alguien podría pensar que es una prenda afeminada. Pero los hombres, especialmente en Inglaterra y en los Estados Unidos, tienen suma aprensión a presentarse de una manera que les parezca femenina. Las faldas son para las mujeres o para los maricones, dicen. Pero quien es biológicamente varón no necesita demostrar que lo es. Me resulta sorprendente la enorme cantidad de hombres que parecen incapaces de darse cuenta de que lo son, a menos que de algún modo puedan hacer una tremenda exhibición de energía que demuestre su virilidad. Pero un hombre auténtico no necesita montar todo ese espectáculo. Lo único que hace falta para descubrir si uno es un hombre de verdad es preguntárselo a una mujer.

Hay otra prenda que vale la pena tener en cuenta, y es la antigua clámide griega, una pieza larga de tela que ha llegado hasta nosotros, en la época moderna, convertida en el alba que los sacerdotes de la Iglesia católica romana usan durante la misa, encima de su vestimenta habitual. El sacerdote se quita la chaqueta y se pone la sotana, una prenda negra, larga y pesada, por encima de la cual va el alba. Pero para celebrar la misa, cualquier sacerdote sensato se quitaría toda la ropa y se

quedaría sólo con sus prendas interiores y la clámide, o alba. Hay también una caperuza que se puede echar sobre la cabeza y que resulta muy cómoda cuando se lleva alrededor del cuello, porque absorbe el sudor. Estas eran las prendas que usaban los hombres en el mundo occidental, hacia el 400 antes de Cristo y después, en Grecia. En Roma se usaba la toga, una prenda un poco más incómoda porque se llevaba echada sobre los hombros y los pliegues de la tela se resbalaban y caían continuamente. Pero la clámide es sumamente cómoda y muy práctica. Junto con el alba o clámide, los sacerdotes católicos usan para celebrar la misa otra prenda llamada casulla, en latín *casubla*. Y la palabra *casubla* significa casita o tienda; es una prenda semejante a un poncho, que se puede atar a un poste, extenderla, asegurarla con piedras y usarla para la noche, protegido de la lluvia. Se puede hacer una casulla con un poncho tomando simplemente un cuadrado de tela; con hacerle un dobladillo y darle un corte en el centro, ya tenemos la tienda. Se pasa fácilmente por la cabeza y, sin más pruebas ni ajustes, nos encontramos con una vestimenta tan digna como acomodada. Los ponchos son enormemente útiles, se pueden llevar con cualquier cosa y mantienen muy abrigado, especialmente si están hechos de una tela pesada. Yo tengo uno de pelo de camello. Una vez que lo llevaba puesto, un irlandés me detuvo en un bar para preguntarme dónde podía haber visto una prenda así. «Bueno- le dije- se lo habrá visto a algún sacerdote mientras celebraba misa». La respuesta le pareció muy ocurrente. Pero lo esencial del poncho es que da gran libertad de movimientos; deja las manos libres, es muy abrigado y se puede usar con otras prendas que no ajusten y sentirse muy cómodo, no castrado, sin trabas.

De todas las prendas que mencionaremos, la más exótica es el *sarong* filipino. Mi amigo japonés decía que no se puede correr tras un autobús vestido con quimono. Pero indudablemente se puede hacer llevando un *sarong* filipino, porque deja las piernas en total libertad. Es esencialmente una falda dividida, muy floja, que se envuelve alrededor de la cintura y se puede asegurar con un imperdible. Se lleva con una simple camisa de colores. El *sarong*, con diversas variaciones, se usa en todo el sur de Asia, pero el diseño filipino, con el corte, es el más cómodo y adaptable que conozco, y no sé que haya en el mundo una prenda de vestir más comfortable. Se puede hacer con cualquier material, de estambre para estar abrigado en invierno, y supone una forma de vestir perfectamente cómoda y totalmente digna.

Ahora bien, ¿cuál es nuestro problema? ¿Cuál es el problema del hombre occidental, e incluso de la mujer de Occidente, para que se vistan de manera tan endemoniadamente incómoda? Es algo que me ha dado mucho que pensar, pues se vincula con algunas cuestiones filosóficas fundamentales. Una de ellas es ésta: cuando la gente se levanta por la mañana, se pone una bata, pero después de transcurrido un tiempo se sienten levemente culpables. ¿A qué se debe esto? Pues a que cuando uno viste prendas sueltas puede tener la leve sospecha de que en realidad no existe. En otras palabras, no está atado. Todas las gentes de acción usan cinturones y botas, cosas que oprimen rígidamente, porque entonces sienten, gracias a la presión sobre la piel, que realmente están ahí. Pero esto es un error muy grave, especialmente para los soldados. Sostengo que el ejército alemán perdió dos guerras mundiales por obra del paso de la oca, de la pompa y la jactancia militares, por obra de cosas tales

como las bandas militares y las formaciones en columna cerrada. Porque un ejército realmente eficaz debería ser invisible e inaudible. Pero no se puede conseguir que hombres que están en la onda del machismo, que tienen que demostrar que son hombres, se vuelvan invisibles e inaudibles. Un ejército realmente eficaz, un ejército de guerrilleros, debería vestir con completa comodidad, de una manera totalmente práctica, sin nada que los mantenga juntos a fuerza de nudos de modo que la presión les dé la seguridad de que existen. ¡Es como dormir en un lecho de clavos! Pero en nuestra cultura hay muchísimas personas que no perciben que están realmente vivas si de alguna manera no se sienten incómodas o dolientes. Y la razón de esto es que tenemos un profundo sentimiento de culpa por nuestra existencia porque sentimos que, en realidad, no pertenecemos al universo.

Hay un maravilloso cuento sobre un místico japonés, una especie de santón errabundo que una noche buscó refugio en un templo budista. Al acercarse al altar se encontró con los almohadones que usan los sacerdotes para arrodillarse durante la celebración del servicio, los dispuso de manera que formasen un lecho confortable y se echó a dormir. A la mañana siguiente, muy temprano, llegaron los sacerdotes a celebrar el servicio y vieron a ese aparente vagabundo tendido sobre sus almohadones, frente al altar. «Eh -le dijeron- ¿qué estás haciendo aquí? ¡Qué conducta tan poco respetuosa frente al altar!». Y el santón, levantando la vista hacia ellos, les respondió: «¡Oh! Debéis ser forasteros; es imposible que pertenezcáis a la familia». También recuerdo el caso, en una iglesia de Italia, de unos pequeñuelos que corrían entre los bancos, de un lado a otro, mientras su ma-

dre encendía unas velas ante el altar de san Antonio. Dos solteras norteamericanas de Nueva Inglaterra, que andaban visitando la iglesia, se escandalizaron muchísimo por la forma en que estaban jugando los niños. Se acercaron a la madre y, tocándole el hombro, le dijeron: «¿No le parece que tendría que llamar al orden a esos niños?». «Vaya -respondió ella- si es la casa de su padre, ¿no pueden acaso jugar aquí?».

¿No es esto algo curiosísimo? Nos vestimos como empresarios de pompas fúnebres, como militares, como clérigos. Porque en nuestra cultura cultivamos esmeradamente una actitud rígida: «¡Contrólate, domínate!». Pero al hacerlo estamos librando una guerra constante con nosotros mismos. Nuestra sociedad nos enseña que somos un desagradable animalillo al que hay que dominar y castigar para someterlo y, por otra parte, que somos un alma racional, una especie de ser superior del cual se espera que asuma el control del ser inferior. Y por esta razón estamos siempre en una involuntaria pugna con nosotros mismos. Freud, por ejemplo, distinguió el principio de placer, que localizó en la región genital, del principio de realidad, que localizó en la zona cortical del cerebro, de modo que estos dos centros están a cierta distancia. Como no están en el mismo lugar, parece que por alguna razón u otra siempre tuviera que haber una discordia entre ellos. En una flor, la mente y los órganos sexuales están en el mismo lugar, de manera que la flor no tiene ese conflicto. Pero en el ser humano están divididos (o por lo menos, pensamos que lo están) simplemente porque, en el espacio, están a cierta distancia uno de otro.

Pero en realidad no están en modo alguno separados. Parecen diferentes. La cabeza parece muy diferente de

los genitales, pero de la misma manera, las abejas parecen muy diferentes de las flores. Una anda zumbando y volando por el aire mientras la otra está arraigada en la tierra y se expresa con su color y perfume para que la abeja se sienta atraída hacia ella. Pero estos dos seres de apariencia tan diferente no son, en realidad, más que un solo organismo: si no hay abejas no hay flores, si no hay flores no hay abejas. Ambas van juntas, como dicen los chinos, para originarse mutuamente. De la misma manera, cuando nacimos, nuestra cabeza y nuestros genitales se originaron mutuamente. Empezaron juntos; no están, en realidad, separados uno de otro.

Por consiguiente, esta idea de que llevar una vida ordenada consiste en estar controlándonos no sirve más que para crear un conflicto y una perturbación en nuestro propio interior. Imaginémoslo lo que sería tener que controlar el movimiento de la mano derecha con la mano izquierda. Si quisiera coger un cigarro con la derecha, tendría que venir la izquierda, cogerla, guiarla hacia el objeto, cerrarle los dedos en torno de él y acercármela a la boca. ¿No sería absurdo? Pues es eso lo que hacemos todo el tiempo al dividirnos en dos partes, la espiritual y la material, la angélica y la animal, la racional y la irracional. Estamos continuamente esgrimiendo garrotes sobre nosotros mismos. Tal es una de las razones por las que, cuando nos levantamos por la mañana y nos envolvemos en la bata, al poco rato empezamos a sentirnos culpables. Tenemos la sensación, por así decirlo, de que deberíamos estar vestidos y en actitud correcta, para poder salir al mundo como personas de acción. Así podemos sentir realmente que cumplimos con nuestras obligaciones, que hacemos nuestro deber.

Día tras día, en las zonas urbanas, millones de personas están, literalmente, desgastándose, destrozándose los nervios hasta la locura, cuando van por las autopistas a su trabajo, en el coche, contaminando la atmósfera. A ese maravilloso trabajo que está completamente divorciado, totalmente separado de todo lo que sea juego. Pues bien, ésta es una de las grandes demencias de nuestra civilización. A cualquier persona que esté en su sano juicio habría que pagarle por jugar. Si a uno no le pagan por jugar, es que algo le pasa; no ha aprendido el arte de vivir. Pero como tenemos esa idea de que el trabajo es una cosa y el juego otra, tenemos ropa de trabajo –el traje de calle– y ropa de jugar. Y sugiero que una de las cosas más importantes es reunir nuestra cabeza con nuestros genitales, los genitales con la cabeza y el trabajo con el juego, y hacer de nuestra vida un placer, uno y unificado.

DRAMA CÓSMICO

Quisiera que el lector piense en la curiosa sensación de «nada» que hay detrás de nosotros. Que piense en el espacio vacío que hay detrás de sus ojos, en el silencio del cual proviene todo sonido y en el espacio vacío del cual surgen todas las estrellas. Yo asimilo ese curioso vacío que hay por detrás de todo a Dios, a un Dios no figurado, no idolátrico, de quien no podemos tener concepto alguno. Básicamente, cuando se llega en verdad a él, ese vacío es uno mismo.

Ahora bien, en nuestra civilización parece muy extravagante decir: «Por ende, yo soy Dios», o, para el caso: «Tú eres Dios». Pero eso es exactamente lo que sentía Jesucristo. Y por eso lo crucificaron, porque en su cultura se concebía a Dios como al regio monarca del universo, y a cualquiera que se atreviera a decir: «He aquí que yo soy Dios», se le consideraba blasfemo. Y subversivo. Era alguien que pretendía ser, ya que no el señor mismo, por lo menos el hijo del señor, y eso significaba disminuir a todos los demás. Pero Jesús tenía que decirlo de esa manera porque, en su cultura, no tenían la idea que tienen los hindúes de que todo, no solamente los seres humanos, sino también los animales

y las plantas y todo ser que siente, sea el que sea, son disfraces de Dios.

Procuraré explicarlo un poco más claramente. No puedo menos que considerarme idéntico a la energía global que se autoexpresa en el universo, uno con ella, en continuidad con ella. Si el universo está hecho de estrellas, una estrella es un centro del cual fluye la energía. En otras palabras, es el medio, y de él parten todos los rayos. Así siento yo la imagen de la totalidad: toda la energía es un centro del cual parten rayos y, por consiguiente, cada uno de nosotros es una expresión de lo que es, básicamente, la totalidad.

En las religiones judía, cristiana e islámica pensamos en Dios no sólo como el monarca, sino como el hacedor del mundo y, como resultado de ello, consideramos al mundo como un artefacto, una especie de máquina creada por un gran ingeniero. Hay un concepto diferente en la India, donde no se ve al mundo como un artefacto, sino como un drama. Por consiguiente, Dios no es el hacedor y el arquitecto del universo, sino el actor del drama, que desempeña a la vez todos los papeles; y esto se conecta con la idea de cada uno de nosotros como persona, porque una persona es una máscara (del latín *persona*): *la que usaban* los actores en el drama greco-romano. De modo que ésta es una concepción del mundo totalmente diferente y -como espero poder demostrar a mis lectores- de una coherencia sorprendente.

Partamos, pues, de la premisa de que cada uno de nosotros es Dios, y no *sabe* cómo hace crecer su cuerpo ni funcionar su sistema nervioso ni sabe cómo se las arregla para emerger en el medio que le ofrece la naturaleza. Todo eso es desconocido para mí, para ese yo que

no es yo mismo, el yo que no es el ego. Eso es Dios; esto es, no el señor o jefe cósmico, sino la razón fundamental del ser, la realidad que siempre fue, es y será, subyacente en la base de la realidad. Eso somos.

Pasemos ahora a un tipo de imágenes más mitológicas. Supongamos que el lector es Dios. Supongamos que tiene a su disposición todo el tiempo, la eternidad, y todo el poder. ¿Qué haría entonces? Creo que después de un tiempo terminaría por decirse: «Hombre, ya está bien». Es como si nos hiciéramos otra pregunta, qué haríamos si nos fuera dado el poder de soñar, noche a noche, los sueños que quisiéramos. Naturalmente, uno podría soñar con cualquier dimensión de tiempo—soñar setenta y cinco años en una sola noche, cien años en una sola noche, mil años en una sola noche— y, además, con lo que se le ocurriera, porque antes de dormirse decidiría: «Esta noche soñaré con tal y tal cosa». Naturalmente, empezaría por realizar todos sus deseos. Disfrutaría de todos los placeres que pudiera imaginar, de las comidas más estupendas, de las aventuras amorosas más fascinantes, haría los viajes más románticos, podría escuchar música como jamás la han oído los mortales y contemplar paisajes que excedieran sus más descabelladas fantasías.

Y durante unas cuantas noches, digamos que durante todo un mes quizás, uno seguiría así, pasándolo estupendamente bien. Pero, pasado un tiempo, empezaría a pensar: «Bueno, ya he visto bastante; vamos a variar un poco y probar con algunas aventuras». Y entonces se soñaría amenazado por peligros de todas clases. Rescataría princesas de las garras de dragones, participaría tal vez en batallas increíbles, sería un héroe. Y poco a poco, con el correr del tiempo, iría atreviéndose

a cosas cada vez más desaforadas, y en algún momento del juego se diría: «Esta noche voy a soñar de tal manera que no sepa que estoy soñando» y, al hacerlo, conocería la experiencia de tomar el drama por la verdadera realidad. ¡Qué impacto recibiría al despertarse! ¡Podría llevarse un verdadero susto!

Y después, en noches sucesivas, uno podría atreverse a experimentar cosas aún más extraordinarias, nada más que por el contraste que le espera al despertarse. Podría, por ejemplo, soñarse en situaciones de pobreza, enfermedad y sufrimiento extremados. Podría, por así decirlo, vivir la esencia del sufrimiento hasta su punto más extremo para después, súbitamente, despertarse y descubrir que, después de todo, no era más que un sueño y que todo está perfectamente.

Pues bien, ¿cómo sabemos que no es eso, exactamente, lo que estamos haciendo? Tú, lector, sentado ahí con todos tus problemas, con toda la complejidad de tus situaciones vitales, tal vez no seas más que el sueño en que decidiste meterte. Y si no te gusta, ¡qué placer será cuando te despiertes!

Tal es la esencia del teatro. En una representación dramática, toda la gente que la ve sabe que no es más que una representación. El arco del proscenio, la pantalla cinematográfica nos dicen que todo eso no es más que una ilusión, que no va en serio. En otras palabras, que los actores van a representar sus papeles de manera tan convincente que la angustia nos tendrá sentados al borde del asiento; nos harán reír, nos harán llorar, harán que nos estremezca el horror. Y durante todo el tiempo, en el fondo de nuestra conciencia tendremos lo que los alemanes llaman un *Hintergedanken*, que es una idea muy, muy en un rincón de la mente, algo de lo que ape-

nas si nos damos cuenta pero que, en realidad, sabemos durante todo el tiempo. En el teatro, tenemos el *Hintergedanken* de que no es más que una representación, pero la maestría de los actores estará a punto de convencernos de que es real.

Imaginémonos, pues, una situación en la cual tengamos al mejor de todos los actores posibles -es decir, Dios- y al mejor de los públicos dispuesto a dejarse llevar a la convicción de que todo es real -es decir, Dios-, y que somos las múltiples, innumerables máscaras que va asumiendo la conciencia básica, la mente básica del universo. Para decirlo con unos versos de G. K. Chesterton:

*Pero ahora, cualquier gesto humano parece
una gran cosa, en las calles donde cambian
continuamente, en extraña democracia,
los millones de máscaras de Dios.*

Es como la máscara de Vishnú, el conservador del universo, una máscara múltiple que viene a ilustrar el hecho de que eso que mira con mis ojos, y con todos los demás ojos, es uno y el mismo centro. Por eso, cuando miro a otro ser humano, no me gusta mirarle directamente a los ojos; hay algo inquietante en mirar con demasiada insistencia los ojos de alguien. No quiero que me miren tan atentamente, porque es posible que me traicione. ¡Tal vez lleguen a descubrir quién soy en realidad! Y, ¿qué creéis que sería lo que se descubriría? ¿Suponéis acaso que otra persona que os mirara profundamente a los ojos leería en ellos todas las cosas que os avergüenzan, todos vuestros defectos, todo aquello de que os sentís culpables? ¿O hay acaso algún secreto más profundo?

Los ojos son el órgano más sensible que tenemos, y al mirar y mirar y seguir mirando los ojos de otra persona estamos mirando las joyas más hermosas del universo. Y si miramos más allá de esa belleza superficial, es la joya más hermosa del universo, porque es el universo mismo que nos mira. Somos los ojos del cosmos. Es decir que, en cierto modo, cuando miramos profundamente a alguien a los ojos, estamos mirando en lo hondo de nosotros mismos, y la otra persona está mirando la profundidad de ese ser, de ese sí mismo que con múltiples ojos, tal como la máscara de Vishnú es multifacética, está mirando hacia fuera en todas partes, de esa única energía que representa miríadas de papeles diferentes. ¿Por qué?

Es perfectamente obvio, porque si uno fuera Dios y lo supiera todo y tuviera el control de todo, estaría mortalmente aburrido. Sería como hacer el amor con una mujer de plástico. Todo sería completamente predecible, totalmente sabido, absolutamente claro; no habría misterio ni sorpresa alguna.

Mirémoslo de otra manera. El objeto de nuestra tecnología es controlar el mundo, llegar a tener un universo manejado con botones superelectrónicos donde podamos conseguir cualquier cosa y satisfacer cualquier deseo apretando simplemente un botón. Uno es Aladino con su lámpara, la frota, viene el genio y dice: «Salaam, soy tu humilde servidor. ¿Qué deseas? Te daré lo que quieras».

Y después de un tiempo, como en uno de esos sueños que os describía, un día uno decidiría olvidarse de que estaba soñando y diría al genio de la lámpara: «Quisiera una sorpresa». O Dios, en la Corte de los Cielos, se volvería a su visir para decirle: «Oh, Comendador de

los Fieles, estamos aburridos». El visir de la Corte respondería: «Oh, Rey, en vuestra eternidad y la infinitud de vuestra sabiduría podéis, sin duda, descubrir alguna forma de no aburriros». Y el Rey insistiría: «Oh, visir, danos una sorpresa». Tal es la base de la historia de *Las mil y una noches*. Había un sultán, poderosísimo, que se aburría. Por eso puso a Scherezada en el brete de contarle todas las noches un cuento distinto, para que la narración, el dejarse llevar por las aventuras, jamás tuviera fin.

¿No es ésa la razón de que vayamos al teatro, de que vayamos al cine, de que intentemos salir de nosotros mismos? Queremos una sorpresa, y una sorpresa significa que tenemos que «hacernos otro». Es decir, que en nuestra experiencia tiene que entrar algún elemento que no esté sometido a nuestro control.

De manera que, si nuestra tecnología hubiera de alcanzar un éxito completo y llegáramos a tenerlo todo bajo nuestro control, alguna vez terminaríamos por decir: «Necesitamos un botón nuevo». Con todos esos botones de control, tenemos que tener siempre un botón que diga SORPRESA, y para que la cosa no se ponga demasiado peligrosa, le pondríamos un límite en el tiempo: sorpresa durante quince minutos, durante una hora, un día, un mes, un año, durante toda una vida. Después, al final, cuando se cierre el circuito de la sorpresa, estaremos de nuevo en la situación de control y todos sabremos dónde estamos. Y lo celebraremos con un suspiro de alivio, pero después de un tiempo apretaremos una vez más el botón que dice SORPRESA.

El lector habrá advertido un curioso ritmo en lo que he estado explicando, y ese ritmo corresponde a la idea que tienen los hindúes del transcurso del tiempo y de la

forma en que opera la evolución, una idea drásticamente diferente de la nuestra. Para empezar, los hindúes consideran que el tiempo es circular, que marcha en redondo, como nuestro reloj marcha en redondo. Pero los occidentales tienden a pensar en el tiempo como una línea recta o como una calle de una sola mano. Esa idea nos viene de la religión hebrea y de san Agustín.

Hay un momento de la creación, después un curso de la historia que conduce a una catástrofe final y escatológica que es el fin del mundo, y a eso sigue el juicio, en el cual se enderezarán todas las cosas, serán respondidas todas las preguntas y a cada uno se le hará justicia de acuerdo con sus méritos. ¡Y eso será todo! A partir de entonces el universo será, en cierto sentido, estático; estarán los por siempre salvados y los eternamente condenados.

Pues bien, aunque actualmente mucha gente no pueda creerlo, tal ha sido la creencia dominante en curso de la historia occidental, y su influencia sobre nuestra cultura ha sido tremendamente poderosa. Pero los hindúes piensan que el mundo se mueve circularmente, siguiendo un ritmo. Calculan las revoluciones en períodos a los que en sánscrito se denomina *kalpas*, cada uno de los cuales dura 4.320.000 años. Es decir que un *kalpa* es el período o *manvatara*, durante el cual se manifiesta el mundo tal como lo conocemos, y que va seguido por otro período, también de la duración de un *kalpa*, 4.320.000 años, que se denomina *prelaya*, lo cual significa cuando el mundo ya no se manifiesta.

Y éstos son los días y las noches de Brahma, de la divinidad. Durante el *manvatara*, cuando el mundo se manifiesta, Brahma está dormido, soñando que es todos nosotros y además, todo lo que sucede, y durante

el pralaya, que es su día, está despierto y se conoce a sí mismo o a sí misma (pues está más allá del sexo) como quien -o como lo que- es. Y después, una vez más allá aprieta el botón ¡sorpresa! De la misma manera que en nuestro soñar empezaríamos, muy naturalmente, por los sueños más placenteros y extáticos, hasta después ir aventurándonos más a explorar y experimentar las dimensiones más azarosas de la experiencia.

De la misma manera, los hindúes piensan que un *kalpa* del universo manifestado, el *manvatara*, se divide en cuatro períodos, los cuatro de diferente longitud. El primero es el más largo; el último, el más corto. Los nombres que reciben están de acuerdo con las tiradas del juego hindú de dados, y la tirada de cuatro es siempre la mejor, como para nuestro juego la de seis; la tirada de uno es la peor.

Ahora bien, la primera tirada se denomina *krita*, y la época o prolongadísimo período de duración de esta tirada se llama *yuga*. Traduciremos, pues, *yuga* como época y *kalpa* como eón.* Ahora bien, la palabra *krita* significa «hecho», como cuando decimos «bien hecho», y es el período de la existencia del mundo al que llamamos Edad de Oro, cuando todo es perfecto, está hecho a la perfección. Cuando este período termina llegamos al *treta yuga*, que significa «tirada de tres», y en este período de la manifestación hay en las cosas un elemento de incertidumbre, de inseguridad, de aventura. Es como un taburete de tres patas, que no es tan seguro como uno de cuatro; con él es un poco más probable que se pierda el equilibrio.

* Del griego *aión*, edad, duración, eternidad (*N. de la T.*)

Esto se mantiene durante un tiempo muy largo también, pero después llegamos a lo que se llama *dvapara yuga*. *Dyam* significa «dos», y en este período lo bueno y lo malo, lo placentero y lo doloroso están parejamente equilibrados. Pero, finalmente, adviene el *kaliyuga*. *Kali* significa «la peor tirada» y es la que dura el tiempo más breve. Es el período de la manifestación durante el cual predomina finalmente el principio displacentero, doloroso y diabólico, pero también el de duración más corta.

Y al término del *kaliyuga*, el gran destructor de los mundos, Dios en su manifestación como el principio destructivo Shiva, baila una danza que se llama *tandava*, y aparece, con el cuerpo azul y con diez brazos, emitiendo rayos y fuego por todos los poros de su piel, ejecutando la danza en la cual el universo queda finalmente destruido. El momento de la muerte cósmica es el despertar de Brahma, el creador, pues en el momento en que Shiva se da vuelta y desaparece de la escena, visto desde atrás es Brahma, el creador, el nuevo comienzo de todo. Y Vishnú es el que preserva, es decir, la prosecución de todo, el estado total de la divinidad que se manifiesta con múltiples y diversos rostros. De manera que, como se verá, nos hallamos ante una filosofía en la que el papel que desempeña el mal en la vida es racional y misericordioso.

Si pensamos que Dios está jugando con el mundo, que lo ha creado para su placer y que ha creado todos los seres, que tienen que atravesar los tormentos más horribles —el cáncer terminal, los niños abrasados por el napalm, los campos de concentración, la Inquisición y todos los horrores que tienen que pasar los seres humanos—, ¿cómo es posible justificar todo eso? Lo in-

tentamos diciéndonos que algún Dios debe de haberlo creado; que si no lo creó un Dios, nadie está a cargo de ello y no hay racionalidad alguna en todo el asunto. No es más que un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, y que no significa nada. Es un sistema ridículo, y la única salida es el suicidio.

Pero supongamos que es una cosa tal como acabo de describíroslo, supongamos que no se trata de que Dios se complazca con todas esas víctimas, que no está haciendo una exhibición de su justicia al recompensarlas o castigarlas, supongamos que es algo muy diferente. Supongamos que Dios es el único que representa todos los papeles, que es Él el niño que muere quemado por el napalm. No hay otra víctima que el triunfador. Todos los personajes diferentes que se viven, todos los sentimientos diversos que se sienten, los siente el único que originariamente desea, decide y quiere ponerse exactamente en esa situación.

Es bastante curioso que en el cristianismo haya algo paralelo a esto. En la Epístola de san Pablo a los filipenses hay un pasaje donde se dice algo muy curioso: «Haya pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús; el cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios; sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Tenemos aquí exactamente la misma idea, la idea de Dios que se hace humano y sufre todo lo que los seres humanos pueden sufrir, incluso la muerte. Y san Pablo nos dice: «Haya, pues, en vosotros este sentir», es decir, haya en vosotros la misma clase de conciencia que hubo en Jesucristo. Jesucristo sabía que era Dios.

Despertad y descubrid, finalmente, quiénes sois en realidad. En nuestra cultura, naturalmente, os dirán que estáis locos o que sois blasfemos, y os meterán en la cárcel o en el manicomio (que son la misma cosa). Pero si os despertarais en la India y dijerais a vuestros amigos y familiares: «¡Qué cosa, acabo de descubrir que soy Dios!» os responderían, riendo: «Oh, felicidades. ¡Por fin lo descubriste!».

FANTASÍAS FILOSÓFICAS

Quisiera relatar tres fantasías que tienen, todas ellas, algo en común, que se hará evidente para el lector al final. La primera fantasía se refiere a la reproducción. Usamos la palabra «reproducción» en dos sentidos principalmente: hablamos de la reproducción biológica de una especie, y hablamos también de reproducción con referencia a un cuadro, una fotografía, una grabación, una película o una cinta de vídeo. Ahora bien, ¿a qué se refiere, en esto último, lo de reproducción? Hace cientos de años, los reyes de Europa establecían alianzas feudales casándose con princesas de estados remotos. Antes de formalizar el contrato matrimonial se hacía pintar un retrato de la dama en cuestión para enviárselo al rey, a ver si su majestad la aprobaba. En una de tales ocasiones, Enrique VIII de Inglaterra quedó sumamente defraudado, mediante este procedimiento, por un retrato excesivamente favorecedor de Ana de Clèves.

A consecuencia de ello, en la tradición europea se desarrolló entre los artistas una especie de código moral que comenzó con las maravillosas obras del

Renacimiento y prosiguió con los pintores flamencos. Finalmente, con el arte oficial del siglo XIX, se llegó a lo que llamamos ahora realismo fotográfico.

Por aquella época se preguntaron si no habría alguna manera más científica de hacerlo, y llegaron a descubrir la cámara fotográfica. Lo primero fueron aquellos daguerrotipos color sepia. «Oh, qué bonito -decía la gente- Cómo se parece al abuelo. Pero, sin embargo, le falta algo; no tiene colores, por ejemplo». Entonces los coloreaban.

Después se dijeron que, realmente, el parecido era muy grande, pero pensaron que hay personas cuyo estilo de vida, cuya personalidad toda se expresa en su forma de moverse, y con sólo una fotografía así, estática, eso no se capta. Entonces inventaron una manera de hacer que las imágenes se movieran, y eso fue el cine. Recuerdo que cuando aparecieron las primeras películas, todos los movimientos eran espasmódicos. Cuando lograron hacerlos mesurados todo el mundo se dijo: «Esto sí que es realmente natural».

Pasado un tiempo, advirtieron que faltaba otra cosa, que era el sonido; si gran parte de la personalidad está en la voz, ¿no se podría hacer que los personajes filmados hablaran al mismo tiempo que se movían? Y alguien inventó el cine sonoro; cuando, más adelante, empezaron a filmar en color, se dijeron: «¡Vaya, ahora sí que nos vamos acercando!». Y, para hacerlo más real todavía, presentaron las imágenes según un proceso tridimensional que exigía unos lentes especiales para ver el espectáculo.

Después, la gente se preguntó: «¿Por qué cada vez que queremos ver una de estas cosas tenemos que ir hasta el centro? ¿No se podría tener en casa?». Y así se inventó

la televisión, que empezó en blanco y negro con un aspecto que una vez describió Robert Benchley como el de los clichés de los periódicos franceses, que parecen hechos sobre pan.

Entonces la mejoraron, le dieron color, y en eso estamos. O estábamos. Porque alguien ha descubierto el holograma, un procedimiento que pronto veremos todos y que es una imagen televisiva producida por rayos láser, gracias a la cual tendremos una figura tridimensional en el aire, frente a nosotros. De modo que pronto diremos: «¡Esto sí que es una maravilla!». Pero claro, cuando uno quiera acercarse para tocarla, se encontrará con que su mano pasa a través de la imagen. No se puede tocar. Y ése es el problema con la televisión, que todo lo que se ve, se ve detrás de una pantalla; pero es intangible, no huele y no establece ninguna relación contigo.

De modo que aún hay problemas futuros que resolver en las técnicas de reproducción electrónica... y los resolverán. Ya encontrarán la manera de que la fuente de emisión electrónica pueda solidificar y hacer vibrar el aire en forma tal que se pueda tocar la figura. Ya no se podrá pasar la mano a través de la imagen, porque el aire se moverá con más rapidez que la mano. ¡Imaginaos eso! Si en televisión hay una hermosa bailarina, podremos efectivamente acercarnos a abrazarla. Pero ella no se enterará de nuestra presencia ni responderá a nuestro gesto. Y nos diremos que eso no es muy «natural», tal como antes a la gente le parecía que si la fotografía no se movía ni hablaba, no era muy natural. Ahora dirán que si la reproducción tridimensional y tangible no reacciona, no es muy natural, de modo que tendrán que idear una técnica para conseguirlo.

¿Será capaz nuestra tecnología de llegar a tal adelanto técnico? ¡Por supuesto que sí! Sentados en casa, miraremos la escena sobre una especie de escenario, no sobre una pantalla, y habrá una cámara de TV que nos observe y comunique todo lo que hagamos a un ordenador, que transmitirá cada información que reciba a la imagen que estamos mirando, y decidirá inmediatamente cuál es la respuesta adecuada a nuestra manera de dirigirnos a la imagen... ¡y eso sí que estará bueno! Es posible que la muchacha nos dé una bofetada o un beso. Nunca se sabe.

Y después, terminaremos por decirnos: «En realidad, todavía no es ésta la forma de reproducción que quiero. Lo que quiero es poder identificarme con uno de los personajes que hay en escena». No sólo queremos presenciar el drama que se desarrolla en el escenario, sino introducirnos realmente en él. Desearemos que nos conecten electrodos en el cráneo, que nos permitan sentir efectivamente las emociones de quienes actúan en el escenario. Finalmente, llegaremos a obtener reproducciones absolutamente perfectas y podremos ver la imagen tan vívidamente que nos convertiremos en ella.

Y se plantea entonces la cuestión de si no podría ser precisamente ésa la situación en que ya nos encontramos. ¿No seremos una reproducción que, a lo largo de siglos de evolución, ha ido logrando ser una réplica de alguna otra cosa que sucedía, y no estaremos donde siempre estuvimos?

La segunda fantasía nos presenta la idea de que todo ser viviente piensa que es humano, y con eso me refiero a una planta, un gusano, un virus, una bacteria, una mosca de la fruta, un hipopótamo, una jirafa, un conejo. Todos los seres, cualquiera sea su «punto de per-

cepción», tal como el nuestro es nuestro cuerpo, sienten que están en el centro. Es decir que, dondequiera que miremos, al volver la cabeza sentimos que somos el centro del mundo, sentimos que somos el centro del universo. También un conejo o una mosca de la fruta siente que es el centro. Y tiene a su alrededor una compañía de seres que se le parecen, y sabe por ende que ésa es la compañía adecuada, tal como nosotros, al mirar a los seres humanos, sabemos que son la compañía adecuada, que son de los nuestros. Sólo que, naturalmente, tenemos que establecer distinciones, porque en realidad uno nunca sabe que es uno y que está realmente en el lugar adecuado a menos que pueda compararse y contrastarse con algunas otras personas que, después de todo, no están exactamente en el lugar adecuado y con otras que se han equivocado totalmente de lugar. Mediante esta sucesión de comparaciones, uno sabe que está bien situado.

Otros animales e insectos tienen exactamente la misma manera de entenderlo. El lector objetará que los insectos y otros seres, como los peces, no tienen cultura, y se preguntará qué quiere decir eso de que los peces tienen derecho a considerarse como se consideran los seres humanos. Presentemos, pues, el argumento desde el punto de vista de los peces. Los peces piensan: «Los seres humanos son un puro desorden; mirad lo que hacen. No pueden vivir sin andar cargando toda clase de cosas exteriores a su cuerpo y sin rodearse de ellas; tienen que tener casas y automóviles, libros y discos, televisión y equipo de alta fidelidad, y cosas, infinitas cosas, y cubren la tierra de basuras».

Consideremos desde qué punto de vista vería un delfín (que en realidad no es un pez, sino un mamífero) a

la raza humana. Los delfines se pasan la mayor parte del tiempo jugando; no trabajan porque tienen la tienda allí mismo, en el océano, y encuentran en ella todo lo que necesitan. Un delfín es capaz de alcanzar a un barco e instalarse en la estela, poniendo la cola en un ángulo de 26 grados exactamente, para dejarse llevar. El delfín describe círculos alrededor de la nave por pura diversión y se pasa la vida jugando en el agua. Sabemos que el delfín tiene un cerebro tan grande como el nuestro, si no mayor, que es increíblemente inteligente y que tiene un lenguaje que no hemos podido descifrar. La persona que más sabe sobre los delfines, el doctor John Lilly, es amigo mío, y dice que llegó a la conclusión de que son demasiado listos para explicarnos su lenguaje, de manera que abandonó su proyecto con estos animales. Dijo que no estaba dispuesto a seguir manteniendo a seres tan civilizados en ese campo de concentración que es un zoológico, y que los delfines debían volver al océano. El hecho es que cualquier ser, no solamente los delfines sino cualquier organismo dotado de cualquier forma de sensibilidad, se considera a sí mismo como el centro del universo.

Ahora bien, esta idea plantea sus problemas. Hay un poema zen que dice: «El dondiego que florece durante una hora no es diferente en su corazón del pino gigante que vive un millar de años». En otras palabras, una hora es una larga vida para un dondiego, y un millar de años es una larga vida para un pino. Y nuestros aproximadamente noventa años o, como lo calculan las tablas de las compañías de seguros, el promedio de entre 65 y 70 años que se asigna a una vida humana, parece ser más o menos el término de vida adecuado. Hay quienes quieren seguir y seguir, quienes tienen la obsesión de la

inmortalidad y hacen congelar su cadáver para el caso de que en el futuro se ponga a punto alguna técnica mediante la cual sea posible revivir.

Pero yo en realidad no estoy de acuerdo con esa idea porque la naturaleza ha dispuesto, misericordiosamente, no sólo un principio de memoria, sino también un principio de olvido. Si siempre lo recordáramos todo, seríamos como un pedazo de papel sobre el cual se ha pintado y vuelto a pintar hasta que ya no queda ningún espacio libre y se hace imposible distinguir entre una cosa y otra. O como un montón de gente que grita y hace cada vez más ruido hasta que ya no se puede oír a nadie. De la misma manera, nuestros recuerdos se convierten en gritos. Y la naturaleza, misericordiosa, hace que todo se borre para que se pueda volver a empezar.

No importa en qué forma se empieza, si se vuelve a empezar como ser humano o como mosca de la fruta, como escarabajo o como pájaro, porque sea lo que fuere, sentirá de la misma manera que siente ahora. De modo que estamos realmente todos en el mismo lugar, todos tenemos por encima de nosotros cosas que nos superan en mucho, y todos tenemos por debajo cosas que nos dan la sensación de ser muy inferiores a nosotros. Ahí fuera hay cosas: cosas a la izquierda y a la derecha, cosas que están delante y otras que están detrás. Y tú eres el medio, eres el medio siempre y en todas partes.

Mi tercera fantasía: me parece que hay preguntas que nadie ha planteado jamás seriamente. «¿Cómo empiezan las estrellas? ¿Por qué? ¿Cómo surgen del espacio esos enormes centros radioactivos?». Voy a resolver este problema valiéndome de la analogía del huevo y la gallina, diciendo: «La gallina es el medio del cual se sirve el huevo para convertirse en otros huevos». Y si ha-

béis entendido mi segunda fantasía, sabéis que esto puede ser verdad. Ahora bien, supongamos que un planeta es el medio del cual se vale una estrella para convertirse en otra estrella.

Cuando estallan, las estrellas envían al espacio muchísima materia, parte de la cual se solidifica, formando esferas que se ponen en órbita y siguen girando alrededor de la estrella. Y, tal vez en una oportunidad entre mil, una de esas esferas evoluciona de manera semejante al planeta Tierra y sobre ella aparece lentamente lo que algunos podrían calificar de enfermedad: la bacteria de la vida inteligente. Y estos seres a los que llamamos vivos vienen con la idea de que deben continuar. Tienen metida en la cabeza la idea fija de que deben seguir haciendo lo que hagan, sea lo que sea, y que deben hacerlo cada vez mejor. Se dividen en especies diferentes que compiten entre sí con el fin, aparentemente, de ejercitar los músculos y mejorar cada vez más en su línea, cualquiera que sea. Y siguen haciéndolo hasta que una sola especie se establece realmente como la especie suprema en un planeta dado, tal como los seres humanos, el *homo sapiens*, nos hemos establecido como especie suprema en la Tierra, sea cual sea el significado de «supremo».

Después, cuando tenemos algún rato de ocio y no necesitamos pasar todo el rato buscando comida para llevarnos a la boca, empezamos a hacer preguntas. Miramos a nuestro alrededor, a nuestros semejantes y a las cosas, y decimos: «¿Qué es esto? ¿Qué es lo que sucede aquí?». Hay gente que dice que es una estupidez formular esa pregunta. Y nos exhortan a seguir trabajando, a salir de caza, a cultivar nuestra huerta, a ocuparnos de nuestros asuntos. Pero persistimos: «No, hay cosas más eleva-

das. » Y por eso creamos una clase especial de personas, a las que en la India se llama brahmanes, y entre nosotros filósofos, científicos, teólogos, pensadores. Y como ellos se dedican a cuestionar el por qué estamos aquí, se les permite que dejen de cultivar su huerta, de salir de caza, de trabajar en las minas o de fregar el suelo, y van a lugares muy especiales, llamados universidades, donde pueden dedicarse tranquilamente a pensar en lo que sucede. Hacen lo que se llama filosofía, lo cual significa que intentan decir qué significa. ¿Qué significa la palabra «ser», qué significa la palabra «existir»? ¿Qué queremos decir cuando decimos que «estamos aquí»? Y descubren que el análisis no se puede llevar muy lejos, porque la palabra deja de significar; es como si se convirtiera en un ruido.

Entonces se dicen que así no van a ninguna parte, que lo que tienen que hacer, en vez de pasarse el tiempo pensando, teorizando y hablando de lo que sucede, es investigarlo experimentalmente. De alguna manera, se dicen, tenemos que mirar bien esto que llamamos realidad, el mundo material, y descubrir lo que es. Y empiezan a desmenuzarlo. Disecan las flores y abren las semillas para mirarlas por dentro. Y cuando encuentran algo, tienen que procurarse una lupa para examinarlo y partirlo en pedacitos cada vez más pequeños, y el razonamiento les lleva a pensar que finalmente tendrán que llegar a una partícula llamada átomo. En griego, *atomos* significa que no se puede cortar, que no se puede seguir dividiendo. Entonces, llegan a los átomos, aquello después de lo cual, lo que hay ya es de lo que no hay... ¡eso pensaron! Pero después encontraron que se podía dividir el átomo y llegaron a descubrir el electrón, el positrón, el mesón, etcétera, etcétera, y así siempre.

Finalmente establecieron que cada átomo de materia contiene una energía inmensa y que esa energía es susceptible de ser liberada. El problema de los intelectuales es que cualquier cosa que se puede hacer, tienen que hacerla. Y en el curso necesario de la evolución de la naturaleza descubrieron cómo hacer volar en pedazos la Tierra y convertirla en una estrella.

De modo que bien puede ser así como se originan las estrellas. Tienen planetas como las gallinas ponen huevos, y los huevos se abren y se convierten en pollos. Y los planetas estallan por medio de la vida inteligente y se convierten en estrellas de las cuales se desprenden otras bolas de tierra, algunas de las cuales tienen una probabilidad razonable de dar origen a nuevas formas de vida inteligente; una probabilidad tan razonable como la que tiene cualquier espermatozoide, al entrar en el útero, de convertirse en un bebé: una entre un millón.

Ahora bien, el lector puede pensar que es una fantasía bastante desagradable. Tal vez tenga la sensación de que las cosas van mal, en una dirección equivocada. Si todo el sentido de la vida, de esta tierna sustancia biológica con todos sus tubos, filamentos y nervios tan sensibles, si el sentido de todo esto es terminar en una hoguera, en una absoluta llamarada de luz, ¿no es una lástima? ¿Es así como termina todo?

Mucha gente dice que quiere ver la luz, que quiere llegar a la iluminación, a disolverse en la luz de Dios. Cuando han conseguido hacerlo (todo de nuevo) el proceso continúa, y al estallar la Tierra/estrella expulsa esas bolas de tierra y se crean planetas, y una vez más somos un bebé, somos un niño, las flores lucen sus brillantes colores, las estrellas son deslumbrantes, el olor de la tierra, el rumor de la lluvia, todo vuelve a ser maravillo-

so. Y de nuevo vemos al otro, al hombre, a la mujer que amamos, como si jamás hubiera sucedido antes, y todo vuelve a comenzar.

Y a medida que el proceso va intensificándose, los problemas se hacen cada vez más apremiantes y nos encontramos luchando con algo que no podemos controlar. Tenemos que controlarlo pero no podemos, en modo alguno. Como todos los problemas del mundo en el momento actual, en que la situación se nos escapa completamente de las manos. Tenemos la sensación de marchar hacia nuestra destrucción porque, una vez más, vamos hacia el nacimiento de una estrella, que es lo más creativo que hay.

Ahora bien, pensemos un poco en estas tres fantasías, que tienen todas una cualidad cíclica. Además, quiero agregarles una observación sobre la reproducción biológica. Cuando pienso en mi abuelo, a quien conocía muy bien, recuerdo que siendo yo pequeño me producía una impresión extraordinaria. Se parecía al rey Eduardo VII. Era un hombre muy, muy elegante, que gastaba perilla. No llevaba patillas, como yo, y se cortaba el pelo más corto. Y a mí me parecía la imagen misma de Dios. Ahora yo tengo la edad que él tenía cuando le conocí, y tengo cinco nietos, ¡y ya no me impresionan los abuelos! ¡Yo también soy uno de ellos! Y ésta es la misma idea del ciclo, que estamos casi perpetuamente en el mismo lugar; como dice el proverbio francés, *Plus ça change, plus c'est la même chose...* Cuanto más cambia, más es lo mismo.

Eso significa que la existencia, la sensación de ser, es una especie de espectro, tal como la luz es un espectro, rojo en un extremo y violeta en el otro, y son esos extremos los que hacen que haya color, los que hacen que

haya luz. Entonces ya veis que, de manera similar, hemos de tener la experiencia de que hay alguien más, algo más que sucede totalmente fuera de nuestro control, para poder tener la experiencia de ser yo. Y, para sentirnos bien, para sentir que la vida vale la pena, que vale la pena continuar existiendo, para que ese sentimiento se destaque, tal como el rojo destaca el violeta, tiene que haber en el trasfondo de nuestra mente, muy lejos tal vez, la comprensión de que hay algo que podría suceder y que no debe suceder en absoluto, que es el horror de los horrores, el delirio, la locura absoluta al final del recorrido.

Tenemos que saber que eso está ahí, como antes de morir el novelista inglés Arnold Bennett dijo: «De algún modo tengo la sensación de que todo está absolutamente mal». De tal modo la posibilidad, incluso la imagen que tenemos en el fondo de nuestra mente de que pudiera darse una experiencia semejante, es el trasfondo que da intensidad a la sensación que llamamos sentirnos bien, sentir que todo está bien.

De modo que si entendemos que estamos, real y verdaderamente, siempre en el mismo lugar, así como toda criatura piensa que es un ser humano, y que todo ser resulta ser una reproducción lograda por alguna interesante tecnología (que sea electrónica o biológica no tiene gran importancia), entendemos la naturaleza de la vida. Y así como es posible que los planetas sean la manera que tienen las estrellas de convertirse en otras estrellas, nosotros estamos siempre en el mismo lugar. ¿Y qué es ese lugar? Puedes preguntarte muy, muy -no quiero decir seriamente, porque en realidad no es serio, es sincero-... preguntarte muy sinceramente si es así, si el lugar en que te encuentras ahora es el lugar en donde están, realmente, todo y todos.

Sólo que hay un arreglo o convención para fingir que tendríamos que estar en otra parte, de modo que el lugar en donde estás ahora es el lugar donde estás siempre fingiendo que tendrías que estar en otra parte. Tal es la naturaleza de la vida, tal es su pulso. *Tendría que estar en otra parte. Si* descubres que ésa es la triquiñuela que estás haciéndote a ti mismo, te serenas y no abandonas por completo el juego porque ya has visto de qué se trata. Y te dices: «Vaya, puede ser realmente divertido seguir jugando».

ÍNDICE

Ego	7
Dios	19
Meditar	29
Nada	47
Muerte	57
El tiempo	69
Naturaleza del hombre	81
Drama cósmico	103
Fantasías filosóficas	115